

DESPIERTA Y CANTA

“Despierta y canta, tú que vives en el polvo.”

ISAÍAS, 29:16.

PERSONAJES

MYRON BERGER, el padre

BESSIE BERGER, la madre

JACOBO, el abuelo

HENNIE BERGER, la hija

RALPH BERGER, el hijo

SCHLOSSER, el portero

MOE AXELRAD, el amigo

TÍO MORTY, el hermano de BESSIE

SAM FEINSCHRAIBER, el marido de HENNIE

La acción se desarrolla en un departamento del Bronx. Época actual.

Todos los personajes de *Despierta y canta* comparten una actividad fundamental: la lucha por la vida en condiciones adversas.

BESSIE BERGER: Como ella misma lo declara, no sólo es la madre de esta casa, sino también el padre. Está constantemente arreglando y cuidando los asuntos de la familia. Ama la vida, le gusta reír, tiene gran iniciativa y le place vivir al día. Un alto grado de energía explica su inmediata exasperación ante la ineptitud ajena. Es un agudo juez de las cualidades humanas y realistas, en el sentido de comprender rápidamente la capacidad de las personas. Es ingenua y rápida para las reacciones emocionales. Teme a la pobreza. Es decente de acuerdo con sus ideas, que se aproximan bastante a las de la mayoría de las familias de la clase media. Sabe que cuando uno vive en la selva, debe estar preparado para la vida salvaje.

MYRON: Su esposo, es un segundón nato. Le habría gustado ser dirigente de algo. O millonario. Nunca está triste o excesivamente deprimido. La vida es para él un dulce acontecimiento. Pero "en otros tiempos era aún más dulce." Tiene una elevada y digna opinión de sí mismo. Quiere a la gente. Le gusta todo. Pero algo le corroe el corazón, sin que él se dé cuenta.

HENNIE: Es una muchacha que ha tenido pocos amigos, ya sean hombres o mujeres. Está orgullosa de su cuerpo. No pide favores. Viaja sola. Tiene la sensación fatalista de estar atrapada, pero escapa si puede hacerlo. Tiene confianza en sí misma, en el mejor sentido de la expresión. Hasta el día que muera será fiel al hombre que ame. Ha heredado de su madre la energía, y el sentido del humor.

RALPH: Es un muchacho de espíritu limpio. Quiere saber, quiere aprender. Es ardiente, es romántico, es sensible. Es ingenuo también. Quiere saber por qué es necesario limpiar tanta basura, antes de que sea posible "tener una oportunidad en la vida".

JACOBO: Trata de encontrar un sendero recto para él y los otros. Tiene noción de la justicia, de la dignidad. Es un observador de los demás, compara sus actitudes con su sentido real o ideal de la vida. Esto produce en él una naturaleza reflexiva. En esta casa es el eterno pensionista. Es un idealista sentimental, sin fuerzas para convertir el ideal en acción. Con los trabajos físicos, tales como las cuestiones domésticas, no tiene interés en tratar. Pero como peluquero, posee el toque de un artista. Es un viejo judío, con ojos vivaces en una cara cansada.

TÍO MORTY: Es un hombre de negocios norteamericano, a quien el éxito le sonríe, aunque para eso usa sus cinco sentidos. Hay algo siniestro en el hecho de que la vida de los demás muy pocas veces lo conmueve profundamente. Cuando demuestra generosidad, le agrada de que los demás se den cuenta de ello. Sabe juzgar con agudeza los valores materiales. Morirá soltero. Dos y dos son cuatro —y nunca cinco— para él. Su vida es puramente física: si se le hace cosquillas, ríe. Vive en una casa de lujo, con un sirviente japonés auténtico. Se acuesta con modelos. Pero nunca con las de su propia empresa. Juega a las cartas durante horas enteras. Fuma cigarrillos lujosos. Concorre a ver todas las películas del ratón Mickey. Es un masón del grado 32. En resumen, es concreta y profundamente intolerable.

MOE AXELRAD: Perdió una pierna en la guerra. Muy pocas veces lo olvida. Ha asesinado a dos hombres en actividades extraordinarias. Es incisivo y amargo. La vida le ha enseñado a no creer en nada, pero está dispuesto a abrirse paso luchando. Pocas veces demuestra sus sentimientos: lucha contra su propia sensibilidad. Ha estado en todas partes y ha visto todo lo que puede verse. Lo único que quiere es Hennie. Es muy orgulloso. Se burla de la impotencia de los demás para abrirse camino en la vida, pero quiere a la gente por cualquier buena cualidad que ésta pueda poseer. Sus estallidos pasionales provienen de un mecanismo emotivo fuerte, pero contenido.

SAM FEINSCHRAIBER: Quiere un hogar. Es un hombre solitario, extranjero en tierra desconocida, hipersensible acondicionado por el hecho de conocer la humillación de no poder arreglárselas solo. Tiene la impresión de que los demás se ríen de él. Por la noche despierta, y permanece sentado en la oscuridad. Distingue con claridad los pequeños sonidos de la vida. Se acerca a su esposa como si estuviera siempre ofreciéndole una flor delicada. La vida es un poderoso viento helado rodando sobre su cabeza.

SCHLOSSER: El portero. Es un alemán gastado por el trabajo. Su mujer escapó con otro hombre y lo abandonó con una hija. A su vez, ésta escapó, e ingresó en el coro de una compañía de revistas picarescas. El hombre soporta intensos sufrimientos reumáticos.

PRIMER ACTO

RALPH. — ¿Cómo es posible que prograses en una casa así? Trabajas como una bestia, ¿y crees que lo saben apreciar? ¡Qué van a saber esos negreros!

MYRON. — Tarde o temprano, la honradez y la dedicación terminan por ser recompensadas.

HENNIE. — ¡Linda recompensa la tuya! Llegaste a viejo detrás de un mostrador vendiendo artículos para hombre.

RALPH. — ¡Ah, si la vida me diera una oportunidad!

HENNIE. — ¿Nada más que eso?

RALPH. — Te juro que estoy harto de vender sedas en ese cuchitril de la Cuarta Avenida. Todo el día encerrado como un preso. Ahí lo tienen a Eddie Cantor, por ejemplo. Por cantar cuatro cosas cobra 250 dólares a la semana. Es primera figura y su nombre aparece en todos los diarios.

JACOBO. — ¿Eso es lo que quieres? ¿Ver tu nombre en los diarios?

RALPH. — Quiero ver las cosas por mí mismo. Llegar a ser alguien.

JACOBO. — Inténtalo.

RALPH. — ¿Acaso no quise aprender a zapatear? ¿No quise ser bailarín?

BESSIE. — Estás a tiempo. Aprende. ¿Quién te lo impide?

RALPH. — ¿Y con qué?

BESSIE. — ¿Con qué? Ahorrando dinero.

RALPH. — Seguro. De los cinco dólares semanales que me quedan. Ni siquiera puedo ahorrar para un par de cordones.

BESSIE. — Es claro. En la casa que no haya ni un pedazo de pan. Pero que él se lo pase de baile corrido por las esquinas.

RALPH. — De baile corrido... de baile corrido... Llego la noche y no sé dónde meterme.

MYRON. — Así es. Ésa es la vida. Como un baile.

RALPH. — ¿Qué me dará una vida así?

HENNIE. — Un entierro de pobre.

RALPH. — ¿Entonces para qué sirve vivir?

JACOBO. — ¿Para qué? Ralph: si esta vida conduce hacia adelante, hacia el progreso, vale la pena vivirla. Hay un porqué para vivir. De otro modo no.

BESSIE. — Mira, abuelo. Deja tranquilo el progreso y alcánzame la sal.

RALPH. — ¡Es cosa de enloquecer! Tantos años soñé con comprarme un par de zapatos negro y blanco, y ni eso puedo hacer.

BESSIE. — Ahora me levanto y dejo la mesa. (*Se levanta.*) No puede una llevarse tranquila un mendrugo a la boca con tantas lamentaciones.

MYRON. — Vamos, Bessie. (*Se levanta.*) No hay que alterarse así.

BESSIE. — Es que me irrita tanto, que no puedo ni tener el cuchillo en la mano.

MYRON. — Vamos, Ralph. ¿Por qué hablas así? Mamá trabaja todo el día.

BESSIE. — De pie 24 horas al día. (*MYRON repite.*)

RALPH. — ¿Y qué hago yo? ¿Ando de juerga con Greta Garbo por los clubes nocturnos? Ni siquiera tengo una pieza para mí solo en esta casa. Tengo que revolcarme con este catre en la sala. (*Va a la sala.*)

BESSIE. — ¿Ves la que arma? Cuando Hennie se case, vas a tener tu pieza. Ojalá viva para verlo.

HENNIE. — Ojalá lo vea yo también.

MYRON. — Esta mañana la pileta estaba llena de hormigas. Al principio creí que era café molido. No puedo comprender de dónde salen.

BESSIE. — ¿Le diste de comer al perro?

JACOBO. — Si, ya le he dado. (*HENNIE deja caer el cuchillo.*)

BESSIE. — Hoy se le cae todo de la mano.

HENNIE. — Señal de visita.

MYRON. — Podrías comprar un billete de lotería y ganar una fortuna.

BESSIE. — Éstos no son tiempos para tirar dinero en billetes de lotería.

JACOBO. — Ven a comer, Ralph.

MYRON. — Un carnicero de por aquí cerca, ganó no hace mucho, ochenta mil dólares.

BESSIE. — ¡Ochenta mil dólares! No lo repitas que se van a reír de ti.

MYRON. — Yo mismo lo vi en el diario... Hasta daba la dirección: 765 Back Street.

BESSIE. — ¡Mentiroso! (*Ríe.*)

MYRON. — ¡No cuento historias! Así decía el diario. El hombre ha resuelto llevar a su vieja madre a dar un paseo por Europa.

HENNIE. — ¡Europa!...

MYRON. — Ochenta mil, al seis por ciento anual... hacen... cuatro mil ochocientos...

BESSIE. — ¿Sabes una cosa, Myron? Te daré dinero y comprarás un billete a nombre de Hennie. Nunca se puede saber... si pueden ganar en Back Street, también podemos ganar aquí.

JACOBO. — Es claro, si llovieran perlas del cielo, ¿quien trabajaría? ¿Quién querría trabajar? (*RALPH entra a comer.*)

MYRON. — ¡Pero que cabeza la mía! Samuel Fein me dio un regalo para ti. Desde que vino a cenar no hace más que hablar de ti, querida. (*Da una caja a HENNIE.*)

HENNIE. — ¿Qué quiere ese infeliz? ¿Quien lo necesita?

MYRON. — ¡Pobre muchacho! Está tan solo...

HENNIE. — En seguida voy a ponerme a llorar por el pobre muchacho que está tan solo.

BESSIE. — Él se casaría contigo si tu quisieras...

HENNIE. — Gracias por el sacrificio.

BESSIE. (*abriendo la caja*). — ¡Chocolate con nueces!

HENNIE. — Si, dos cajas por cuarenta centavos.

BESSIE. — No veo que tendría de malo ese casamiento.

HENNIE. — Como dice Moe Axelrad: no me hagas reír.

BESSIE. — ¡No te rías tanto! Es tiempo de que sientes cabeza y te dejes de tonterías. Tienes ya 26 años. A tu edad yo le daba el pecho a mi segundo hijo.

HENNIE. — ¡Ah! un nieto. ¿Eso es lo que quieres? (*Risa histérica.*)

MYRON. — ¿Qué te pasa, hija?

BESSIE. — ¿Te sientes mal?

HENNIE. — ¿Porque me río? No, me siento muy bien. Es que hace gracia ¡Pobre diablo! ¡Chocolate con nueces!... ¡Gran demostración de amor!

BESSIE. — Yo creo que está muy bien de su parte.

HENNIE. — Seguro, muy bien. (*MYRON pasa a la sala, enciende la luz y lee.*)

BESSIE. — ¿Te acuerdas de la hija de la señora Marcus? Se comprometió con un muchacho dentista, de Brooklin. Hoy fue a visitarla con su lindo auto. Yo no sé cómo esa estúpida pudo conseguir un novio así.

HENNIE. — ¿Sabes que se me ha ocurrido, mamá? Los llevó a papá y a ti al teatro Franklin. Tengo unos ahorros con los que pensaba comprarme vestidos nuevos... Pero ya no necesito más vestidos. Desde hoy en adelante me quedaré todas las noches en casa.

BESSIE. — ¡Vaya! ¿Qué bicho te ha picado?

HENNIE. — Dan un buen programa. Sophie Tucker cantará "Eli, Eli".

BESSIE. — Es que pensábamos ir al cine.

HENNIE. — Déjalo para otro día. Vamos al Franklin.

MYRON. — Escucha esto: Sophie Tucker rebajó otra vez diez kilos de golpe.

BESSIE. — Le tocó la lotería... (*Mutis.*)

MYRON. — Y los japoneses siguen tirando bombas...

HENNIE. — Deja ahora las bombas, papá. Si vamos en seguida conseguiremos mejores localidades. (*BESSIE entra con unas almohadas.*)

MYRON. — ¿Pero cómo? ¿Moe no dijo que tenías una cita con él?

BESSIE. — ¿Quién? ¿Moe Axelrad?

HENNIE. — ¡Lo que te pueda contar Moe! Le dije que no, pero él no me cree. Y le voy a decir no hasta el fin del mundo.

MYRON. — Eso no está bien hecho, hijita. Hay que cumplir las citas. No hay que ofender a nadie.

HENNIE. — Es un atrevido... (*Mutis.*)

MYRON. — No entiendo, no entiendo: la gente de hoy no es como la de otros tiempos. No, no es como la de ayer. El mundo se transforma. Ya no hay finos modales, como los de aquel famoso galán de cine... El italiano... ¿Cómo se llamaba?... El Sheik. Nadie se acuerda. (*Mutis.*)

RALPH. — Abuelo...

JACOBO. — Si...

RALPH. — No puedo aguantar más...

JACOBO. — Hay que ser fuerte, Ralph.

RALPH. — Éste es un mundo loco.

JACOBO. — Cierto. Pero los jóvenes como tu, podrán reformarlo algún día. Lo que debes hacer es pensar menos en ti y observar mejor en torno a ti. En todos los países hay miles de seres que pasan hambre. Nadie se ama. Todos se odian. Si, ya no existe el amor en el mundo, sino odio, odio...

RALPH. — Me resulta incomprensible, abuelo.

JACOBO. — No te apures, espera. Te graduarás en mi universidad. (*Regresan BESSIE y MYRON.*)

MYRON. — Buen cigarro por cinco centavos.

BESSIE. — Lleva después al Tootsie a la azotea. (*Mutis de Jacobo.*)
¿Y tú que vas a hacer?

RALPH. — No sé.

BESSIE. — ¿Irás a juntarte con tus amigotes de la esquina?

RALPH. — ¡No! Me voy a quedar toda la noche en casa.

MYRON. — ¡Ralph! ¿Por qué contestas así? Ella quiere saber dónde vas a ir, nada más. (*Suena el timbre.*)

RALPH. — Voy a Hollywood en avión. Tengo una cita con Greta Garbo. (*Mutis de MYRON.*)

BESSIE. — No hay por qué hacer ironías. No me gusta que vean a mi hijo con esos vagos de la esquina. Eso es todo.

MYRON. — ¡Bessie! Es Schlosser. Viene a retirar la basura.

BESSIE. — Espera, voy a decirle lo que pienso de él. Entre, Schlosser, entre. ¿Qué pasa nuevamente con el ascensor? ¿Se rompió otra vez?

SCHLOSSER. — El señor Wimer mandará la semana próxima nuevas cuerdas para arreglarlo.

BESSIE. — Así reviente su señor Wimer. Hace siete años que esperamos esas cuerdas que nunca llegan. El ascensor roto, agua caliente no hay, la calefacción falla. En una casa decente esto no ocurriría.

SCHLOSSER. — En una casa decente no se permite que los perros ensucien las escaleras.

BESSIE. — ¿Tootsie? ¿Mi Tootsie ensucia las escaleras? ¿Te das cuenta? Tootsie es quien ensucia las escaleras.

SCHLOSSER. — Ya le dije ayer a usted que no deje suelto el perro.

BESSIE. — ¡Oiga! ¿A quién le grita usted? ¡Habrás visto insolencia! ¡Gritar, y a quién!

MYRON. — Traiga para acá... (*Mutis con el tacho.*)

BESSIE. — ¡Que Tootsie ensucia las escaleras! ¡Por limpias que están! Para no ensuciarlas, cuando tengamos que salir, lo haremos por la ventana.

SCHLOSSER. — Todo esto se lo haré saber al señor Wimer.

BESSIE. — ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Cuénteselo! Mi Tootsie se comporta aquí y en cualquier parte, como una verdadera señorita... Y ya puede irse. Que le vaya bien, señor Schlosser.

SCHLOSSER. — ¡Dios santo! Me desvivo por servirlos. Eché a perder aquí mi brazo derecho, y ella todavía... (*Mutis.*)

BESSIE. — ¡Que descaró! Pretender que el pobrecito animal esté todo el día encerrado en la cocina para comodidad de ese peón! (*Sale BESSIE. Regresa JACOBO.*)

JACOBO. — Hennie, cuídate mucho.

HENNIE. — No se preocupe, abuelo. (*Mutis.*)

MYRON. — Me acordé. Me acordé. ¡Valentino! Rodolfo Valentino se llamaba. ¡Me acordé! (*Mutis.*)

RALPH. — Nunca tuve una fiesta de cumpleaños. Ese día me lo pasaba llorando en el cuarto de baño. (*Se quita el saco.*)

JACOBO. — ¿Te acuestas?

RALPH. — Me voy a cambiar la camisa.

JACOBO. — ¿Para qué?

RALPH. — Te voy a contar una cosa. Pero no te rías, abuelo. Ando con una chica.

JACOBO. — ¿Hace mucho?

RALPH. — Tres semanas. Vive en Yorkville con sus tíos. Es una familia muy grande, pero ella es huérfana.

JACOBO. — ¿Huérfana? ¡Pobre!

RALPH. — ¡Si la vieras, abuelo! Es realmente hermosa... Como las estrellas en el cielo. Es tan hermosa que te hace llorar de alegría por tenerla. La otra noche estuvimos escuchando música en el parque.

JACOBO. — ¿Música?

RALPH. — Refrescó. Eché mi saco sobre sus hombros. Paseábamos, ¿entiendes? Ibamos callados. Nunca en mi vida me había sentido tan feliz. Nos sentamos en un banco, y ella me miraba de un modo extraño... ¿Comprendes lo que se puede sentir cuando una muchacha nos mira fijo en los ojos? "Te amo, Ralph", me dijo. Yo hubiera querido llorar. Después la acompañé a la casa.

JACOBO. — El amor es un sentimiento magnífico.

RALPH. — Dijiste una gran verdad, abuelo: un sentimiento magnífico.

JACOBO. — ¿Cómo se llama?

RALPH. — Blanca.

JACOBO. — Blanca... Traéla aquí alguna vez.

RALPH. — Tiene miedo de conocer a mamá.

JACOBO. — ¿Por qué?

RALPH. — Conoces bien a mi madre. Si llega a olfatear que los dieciséis dólares que traigo por semana a la casa están en peligro, la insulta y la echa... ¡Pobre criatura! No tiene nada en el mundo.

JACOBO. — ¿Y en que terminará todo eso?

RALPH. — Me iré de casa. No, no es solamente un decir. Me iré de verdad, abuelo.

JACOBO. — ¿Y después?

RALPH. — Otra vida.

JACOBO. — ¿Qué vida?

RALPH. — Una vida nueva junto a ella. Me dan ganas de cantar con sólo pensar en eso. Ella y yo, los dos juntos, en una nueva vida.

JACOBO. — Ten cuidado y no te equivoques. Sería una nueva muerte.

RALPH. — ¿Una nueva muerte? ¿Qué quieres decir con eso?

JACOBO. — Mírame. También yo tuve en mi vida un sueño. Una hermosa visión. Pero me casé, vinieron los hijos, y fue necesario olvidar todo aquello, porque...

RALPH. — Está bien, abuelo. No tengas miedo.

JACOBO. — Recuerda, Ralph, recuerda que nada puede herir tanto el corazón del hombre, como una mujer.

RALPH. — ¿A que viene eso ahora?

JACOBO. — Despierta, hijo. Convierte tu vida en algo útil. Que el sueño de mi juventud se cumpla en ti. Por el amor que sientes a este pobre viejo que ve en ti su juventud, toma al mundo entre tus brazos fuertes, y haz de él otro mejor. Lucha con energía siempre renovada, para que la vida no sea sólo un simple papel moneda. Una muchacha, Ralph... ¡bah!, una muchacha puede esperar.

RALPH. — No soy tan tonto, abuelo.

JACOBO. — Eso creo. Mientras tanto... (*Suena el timbre.*)

RALPH (*esconde la camisa*). — Fíjate, por favor. No quiero que mamá vea que me puse una camisa limpia.

JACOBO (*abre. Entra Moe*). — ¡Hola! Entra.

MOE (*a RALPH*). — ¡Que elegante! ¿Adónde te largas? ¿A buscar cama?

RALPH. — ¿A ti que te importa?

MOE. — Muy bien dicho, querido.

RALPH. — Sí mamá llega a preguntar...

JACOBO. — Ya sé, ya sé. Anda y diviértete.

RALPH. — Hasta luego. (*Mutis.*)

MOE. — ¿Hay alguien en la casa?

JACOBO. — Yo.

MOE. — ¿Y Hennie?

JACOBO. — Fue al teatro con Myron y Bessie.

MOE. — ¿Se fue?...

JACOBO. — ¿Tenías una cita con ella?

MOE. — Para ti. Jalvá.

JACOBO. — Gracias. Lo guardaré para más tarde.

MOE. — Así que Ralph tiene una chica. Me parece que el muchacho no sabe qué se hace con una cosa así.

JACOBO. — Moe, fuiste siempre un vicioso, y vicioso serás hasta el último aliento de tu vida. Pero te aprecio. Después de todo, no tienes mal fondo.

MOE. — ¿Yo vicioso? ¿Qué es eso? ¿No luché en Francia por la democracia? ¿No se llevó una bala enemiga esta maldita pierna justamente el día antes del armisticio? Y Tío Sam, no pre-

mió con una medalla esta parte de mi cuerpo deshecha por la metralla? ¡Soy todo un héroe y tu me llamas vicioso!

JACOBO. — Disculpa.

MOE. — Si hubiera una naranja, comería naranja.

JACOBO. — Naranja no. Si quieres una manzana...

MOE. — ¿No hay naranjas? ¡Bueno, bueno... linda casa ésta!

JACOBO. — Tienes suerte que Bessie no esté y no pueda oírte.

MOE. — Hennie fue al teatro... Una verdadera maravilla esa chica. Hasta que no te arrastres a sus pies... Pero yo no me arrastro ante las mujeres.

JACOBO. — ¿Viniste por ella?

MOE. — ¿Por ella? ¡Bah!, traje un regalo para nuestro amigo Myron: Se va a quedar de una pieza cuando sepa de qué se trata. Ganó su caballo. Pagó dos y medio a uno. ¡Gran animal! Como un rayo, primero él.

JACOBO. — ¿Es cierto que ganó? Es un milagro. La primera vez en su vida. Dame un cigarrillo.

MOE. — ¿A que teatro fueron?

JACOBO. — Al Franklin. A ver un vodevil.

MOE. — ¿Algo extraordinario?

JACOBO. — Nada. Alguien dice unos cuantos chistes, la gente ríe, y olvida así que las calles están llenas de desocupados y de hambrientos.

MOE. — ¿Y qué se puede hacer? ¿Otra guerra?

JACOBO. — No sé.

MOE. — Deberías saberlo. ¿Para qué diablos tienes allí tantos libros?

JACOBO. — Moe, ¿no crees que es necesario crear un mundo nuevo?

MOE. — Para eso hubo ya una gran guerra. "Para hacer un mundo nuevo", dijeron ellos... "Por la democracia". ¡Por la democracia! Yo ya aprendí mi lección.

JACOBO. — Aquella fue una guerra imperialista. ¿Sabes qué significa eso?

MOE. — Claro que lo sé. ¡Vaya si lo sé!

JACOBO. — Los hombres de dinero tienen que defender sus intereses.

MOE. — Estás preocupado, viejito. ¿Qué pasa? Siempre estás haciéndote mala sangre.

JACOBO. — ¡Qué le vamos a hacer!

MOE. — Hay una sola cosa que sabes hacer muy bien: jugar a las cartas. Vamos. Te voy a tomar examen.

JACOBO. — ¿Y quién lava los platos?

MOE. — ¡Que se laven solos. Diez centavos el partido.

JACOBO. — ¿Y quién tiene diez centavos?

MOE. — Yo y te los presto. *(Se los da.)*

JACOBO. — Bueno. Pero antes un poco de música. *(Entra en su habitación y comienza a oírse música.)*

MOE. — Hace dos días que no tengo una baraja en mis manos. Tengo los dedos agarrotados. Vamos a darles una sacudida y en seguida comienzan a hablar.

JACOBO *(regresando)*. — Vamos, hombre, empieza.

MOE. — ¿Nunca viste cómo crecen las naranjas? Yo sí. Un verano estuve tirado bajo un árbol, y las naranjas me caían directamente en la boca. ¡Linda música!

JACOBO. — Es de "La Africana". Un gran explorador que va a un país desconocido... ¡Oh, Paradiso...! Este trozo es del cuarto acto. Caruso está parado sobre el puente del barco, y parece que estuviera viendo una utopía... ¿Oyes? ¡Oh, Paradiso, edén sobre la tierra! ¡Oh, cielos azules! ¡Oh, atmósfera perfumada!

MOE. — Pregúntale a tu Caruso si no ve por allí alguna naranja. *(Entran MYRON, BESSIE y HENNIE.)*

JACOBO. — ¿Ya de vuelta?

BESSIE. — Hennie se nos descompuso en la calle.

MOE. — Hola, hola.

BESSIE. — Para un poco tu fonógrafo, abuelo. Acuéstate un rato, Hennie. Llamaré al médico. Hubieras visto cómo se puso mal de repente. Hace dos semanas que no está bien del todo. Vete a la cama, Hennie.

HENNIE. — Quiero quedarme aquí.

BESSIE. — ¿Habrás visto cosa más terca?

MYRON. — Anda, hijita. Es para tu bien.

HENNIE. — Quiero quedarme aquí.

BESSIE. — ¡Quiero quedarme aquí! ¡Quiero quedarme aquí! ¡Pero será posible! Apenas si puede tenerse en pie.

HENNIE. — No grites así. No soy sorda. No tengo nada. Debe ser el atún que comí al mediodía.

MYRON. — ¿Conservas?

BESSIE. — ¿Y la semana pasada también fue el atún?

HENNIE. — También. No se por qué, pero empezó a gustarme el atún.

MOE. — Déjala tranquila. ¿Por qué la molestas?

BESSIE. — ¿No te gusta?

MOE. — No. No me gusta.

BESSIE. — Oye, Moe: si vienes por Hennie pierdes el tiempo. Mi hija no es tu igual.

MOE. — Vine a ver a Myron.
 MYRON. — ¿Entró?
 MOE. — Entró, ¿qué?
 MYRON. — El caballo. ¿Ganó?
 BESSIE. — ¿Jugaste a las carreras?
 MYRON. — Cincuenta centavos.
 MOE. — Claro que ganó. Pagó dos y medio a uno.
 MYRON. — ¿Oyes, Bessie? Nuestro caballo entró y pagó dos y medio a uno. ¿Qué te parece?
 MOE. — Era una fija. Te lo aseguré.
 BESSIE. — ¿Y si Moe te dijo que era tan seguro, no pudiste haberle jugado unos cuantos dólares y no cincuenta centavos?
 JACOBO. — Je, je, je...
 MOE. — Aquí llevo 600 cueritos. Todo en planta grande.
 BESSIE. — Eres un verdadero banquero, Moe.
 MOE. — El tío Sam me paga noventa dólares al mes.
 BESSIE. — ¿Ahorras?
 MOE. — Los multiplico. Así es Moe.
 BESSIE. — ¿Y la policía no dice nada del contrabando de alcohol?
 MOE. — O. K., baby. O. K. Cambio de veinte dólares.
 MYRON. — ¿Tienes tú?
 BESSIE. — ¡Estás loco!
 MOE. — Muy bien, bajo al restaurante de Goldmal a cambiar.
 MYRON. — ¿Para qué? Me lo puedes dar mañana en el negocio.
 BESSIE. — Déjalo, hombre.
 MOE. (a HENNIE). — ¿Saldrás mañana a la noche conmigo, Pa-radi-so? (Mutis.)
 MYRON. — Dos y medio a uno. Ojalá tenga todos los días un datito así. ¿Ves? La vida no es tan mala como uno se la imagina.
 BESSIE. — Déjate de charlas. Hennie, por favor, ve a acostarte, llamaré al doctor Finger.
 HENNIE. — Quiero quedarme aquí. No necesito médico. (BESSIE va al teléfono.) ¡Pero no necesito médico! No estoy enferma. Déjame en paz.
 MYRON. — Es por tu bien, hijita.
 HENNIE. — ¿Qué se han propuesto ustedes? ¿Qué quieren de mí? (Llora.) ¿Pero qué quieren de mí?
 BESSIE. — ¿Hennie, que ocurre?
 HENNIE. — ¿Qué quieres que ocurra?
 BESSIE. — A mí no me puedes engañar. (La mira en los ojos.)
 HENNIE. — ¿Ves algo?
 BESSIE. — Ya no es necesario el médico. ¡Habla! ¿Qué pasó?
 HENNIE. — Nada. Se derrumbó la estatua de la libertad.

BESSIE. — Te estoy preguntando.
 HENNIE. — ¿Pero qué quieren ustedes de mí?
 BESSIE. — Saca al Tootsie afuera, abuelo.
 HENNIE. — Que se quede.
 MYRON. — ¿Pero qué pasó?
 BESSIE. — Nada. Tu encanto, Myron, está en una gran dificultad. Nuestra pequeña aristócrata...
 MYRON. — ¿Que quieres decir! ¿Dificultad? No entiendo.
 BESSIE. — Mirale la cara. ¿Quién es?
 HENNIE. — El príncipe de Gales.
 BESSIE. — ¿Quién es, Hennie?
 HENNIE. — Si continúas preguntándome me tiro por la ventana.
 BESSIE. — Habla.
 HENNIE. — Ustedes no lo conocen.
 JACOBO. — Bessie, Bessie...
 BESSIE. — ¿Vive en el Bronx?
 HENNIE. — No.
 BESSIE. — “Voy a dormir, con una compañera de oficina”, me decía los sábados por la noche. Bien dormiste con tu compañera, ¡princesa mía! Se casará contigo.
 HENNIE. — Eso lo dices tú.
 BESSIE. — Eso no lo digo yo. Pero así tendrá que ser. Déjalo por mi cuenta.
 HENNIE. — Muéstrale la carta, abuelo.
 BESSIE. — “Estimado señor: En contestación a su solicitud podemos informarle que el señor Ben Grossmann nunca ha tenido participación en nuestra firma ni es persona de nuestra relación”. No sabes siquiera dónde se halla, Hennie.
 HENNIE. — No.
 BESSIE. — A tu madre pudiste contarle... Claro, yo no soy una madre moderna, no voy a los dancings, no masco chicles. (A MYRON.) Deja de llorar como una criatura. Mañana trae a cenar a Samuel Fein.
 HENNIE. — No quiero.
 BESSIE. — Ya vas a querer, ricura.
 HENNIE. — No quiero casarme con un idiota. Prefiero seguir soltera hasta la muerte.
 BESSIE. — ¡No digas! Mira, te vamos a buscar un millonario con yate. Sam es un buen muchacho y tiene dinero en el banco.
 JACOBO. — ¿Lo dices en serio?
 BESSIE. — No, lo digo en broma... Mañana cena con nosotros y el sábado se comprometerá con Hennie.
 JACOBO. — No puedes hacer eso. Bessie.

BESSIE. — ¿Quién te pide consejos? ¿Quién?

JACOBO. — Pero si es una enormidad.

BESSIE. — A ti no te importa.

JACOBO. — Ésa es la cosa más baja que...

BESSIE. — ¡Ni una palabra más! ¿Has oído? ¡Ni una palabra! ¡Tú tienes el coraje de hablar! ¡Un hombre que no cree en Dios, propagandista de ideas locas! Ella aprendió de ti. Pero yo soy una madre y quiero que se respete a mis hijos.

JACOBO. — ¡Respete! ¡Respete! Debería avergonzarte lo que vas a hacer.

BESSIE. — ¡Vete a tu pieza! ¡Vete!

MYRON. — ¡Por favor, Bessie! Un poco más despacio. Los vecinos van a oír. (*Mutis.*)

BESSIE. — ¡Peluquero! ¡Valiente peluquero! Ni una semana para en un empleo. ¿Que en casa no haya un pedazo de pan? ¡Qué le importa a él! ¡Quiere igualdad y justicia para el mundo! ¿Por qué no tratas de que haya igualdad y justicia en tu propia casa? ¡Vete a tu pieza! ¡Yo mando aquí!

JACOBO. — ¡Esto es un hogar y una familia! Carlos Marx dijo que hogares como éstos y familias así, habría que exterminarlos. Pero recuerda esto: no permitiré que Ralph siga tus consejos. Prefiero morir antes que consentirlo. Él buscará una buena muchacha e irá hacia una vida mejor...

BESSIE. — ¡Ve a tu pieza, he dicho!

JACOBO. — Me iré, sí, me iré... Pero llegará el día en que saldré... Llegará el día, Bessie, en que me vaya del todo de aquí. Tal vez te arrepientas de haberme tratado de este modo. (*Mutis.*)

BESSIE. — ¡Me haces hervir la sangre! ¡Él tiene gran parte de culpa! Y tú, será mejor que te vayas a dormir. Mañana... (*Suena el timbre.*)

MYRON. — Es Moe. (*Abre. Regresa con MOE.*)

MOE. — Torta. Seis con cincuenta. Dame medio dólar de vuelto. Te di siete. ¿Qué mosca les ha picado?

BESSIE. — Pronto vamos a perder a nuestra Hennie.

MOE. — ¿Cómo?

BESSIE. — Hoy se comprometió...

MOE. — ¡Ah!... ¿A que tanto apuro?

BESSIE. — Ocurrió hoy. Él estuvo y dijo...

MOE. — ¿Ah, sí? ¿Él estuvo y dijo? ¿Y quién es el infeliz?

BESSIE. — Es un secreto.

MOE. — Gato encerrado, ¿eh?

HENNIE. — Sí...

MOE. — ¿Sí?...

BESSIE. — Cuando una madre va a casar a su única hija, no hay que burlarse de ella... Espera, ya te va a llegar el turno y te casarás. Entonces sabrás lo que es...

MOE. — No me hagas reír... ¿Yo, casarme? ¿Yo casarme? Por mí pueden juntar a todas las mujeres, picarlas bien y echarlas en una gran ensalada rusa. Recuerdo que en Francia un hombre hizo lo mejor que se puede hacer: metió a su mujer en una bañera de ácido sulfúrico. Todo se redujo a agua. Ni siquiera un botón del corsé quedó de ella.

MYRON. — Los corsés no tienen botones, Moe.

MOE. — ¿Conque se nos casa Paradiso? Paradiso, tendrás una docena de hijitos, dientes de oro, engordarás, se te ensancharán las caderas.

HENNIE. — ¡Cierra la boca!

MOE. — ¿Quién es él? Seguramente algún infeliz con veinte dólares semanales de sueldo. ¡Lindo porvenir! Mejor sería que te cortaras el pescuezo, nena.

BESSIE. — Y tú, que frenes un poco la lengua.

MOE. — Digo lo que pienso. Yo soy así. Un hombre así es Moe.

HENNIE. — Sí, un necio charlatán. Capaz de robarle los anteojos a un ciego...

MOE. — ¿Te acaloras, eh?

HENNIE. — ¿Pero estoy aquí sentada escuchando todas las tonterías que este sujeto escude por la boca?

MYRON. — Por favor, Hennie...

MOE. — Espera un poco, querida... espera. ¿Crees que aceptaré todo de ti como si nada fuera?

BESSIE. — ¡No le grites!

HENNIE. — ¡Por dos centavos te escupo en la cara!

MOE. — ¡Aquí tienes medio dólar!

BESSIE. — ¿Adónde vas?

HENNIE. — Al país del ensueño, dictador... ¡Despiértenme cuando los naranjos maduren en Normandía! (*Mutis.*)

MOE. — ¡Linda nena! ¡Es una monadita su Hennie! ¿Observaron el extraño brillo de su mirada?

BESSIE. — No se siente bien.

MYRON. — Le hizo mal el atún.

MOE. — Es fuerte... fuerte como un acorazado. No es como las otras, no, no... Si lo considerara a fondo, tal vez yo mismo me casaría con ella...

BESSIE. — ¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho?

MOE. — No eres sorda. Bien has oído lo que dije.

BESSIE. — ¿Por qué no? Nos conoces... te conocemos... sería una felicidad para todos.

MOE. — ¿Pero no dijiste que ya estaba comprometida?

BESSIE. — A lo mejor ni ella misma sabe lo que quiere...

MOE. — Me hace falta una mujer como un dolor de cabeza... Conozco muy bien a las mujeres... Todo lo que es necesario saber de ellas, lo sé... Por otra parte, aunque yo quisiera, no querría ella. Un hombre con una sola pierna... le repugnaría. Yo sé bien lo que ella quiere. Un muchachito de cuello duro, héroe, y además, con la cartera repleta de billetes... Sin embargo... esas dos cosas nunca se encuentran juntas. Pero Moe tiene bastante plata y tendrá mucha más.

BESSIE. — Es cierto. Ella querría un millonario que tuviera un palacio. ¡Es como pelear con el viento! ¿Torta?

MOE. — Torta.

BESSIE. — Voy a hacer té. Pero en una cosa hay que convenir. El muchacho que tiene ella ahora es muy bueno, y con muy buena cabeza para los negocios... (*Mutis. Se escucha "Oh, Paraíso".*)

MOE. — No, ella no es una cualquiera... Es una regia hembra. En un mes quema al pobre diablo ése.

MYRON. — Recuerdo bien esa hermosa canción. Nora Bayes la cantaba en el viejo teatro "Proctor" de la calle 23...

MOE. — Ella quiere que me arrastre a sus pies... Que le ofrezca mi cabeza en bandeja de plata. Hielo en el infierno tendría mejor oportunidad...

MYRON. — Qué hermoso...

MOE. — ¡Te apuesto medio dólar...! ¡te apuesto todo lo que tengo!... ¡Porquería de casa ésta! ¡No hay en ella ni una maldita naranja!...

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(Un año después. Es domingo. La una de la tarde. Mientras tío MORTY lee historietas cómicas en colores, JACOBO le corta el pelo. MOE, con la pierna derecha sobre un banquito y RALPH tirado sobre la cama, leyendo. Alrededor de la silla donde está sentado MORTY, para evitar que el pelo caiga sobre el piso, se han colocado diarios. Sobre la mesa hay una maquineta, tijera, peine y cepillo.)

BESSIE (*viene de la cocina*). — Dentro de media hora comemos, Morty.

MORTY. — Está bien, Bessie. Todavía puedo aguantar el hambre.

BESSIE. — Pato relleno. No tires el pelo sobre la alfombra, abuelo. (*Va a la ventana y baja la cortina.*)

JACOBO (*levantándola*). — ¿Desde cuándo se puede cortar el pelo en la oscuridad?

BESSIE. — Cuando termines, córrela. Me gusta que mi casa aparezca respetable. Ralph, ve abajo y trae dos botellas de soda.

RALPH. — Estoy leyendo el diario.

BESSIE. — Al tío Morty le gusta la soda.

RALPH. — Estoy esperando una llamada...

BESSIE. — Antes de que te llamen estarás de vuelta. (*Saca dinero del bolsillo del delantal y le da.*) Lleva los envases vacíos. (*Mutis a la cocina.*)

RALPH (*a JACOBO*). — Si llaman contestas por mí. Di que en seguida vuelvo. (*JACOBO asiente con la cabeza.*)

MORTY (*a RALPH*). — De paso trae un paquete de cigarrillos para el abuelo.

RALPH. — Bueno. (*Mutis.*)

JACOBO. — ¿Qué dicen de nuevo los diarios?

MOE. — Como moscas, siguen volando por la ventana, los que perdieron su platita.

JACOBO. — ¿Suicidios?

MOE. — Por docenas.

MORTY (*sin dejar de leer*). — Yo mismo vi un caso. Hace ocho días. Los pelos se me pusieron de punta. Era un fabricante en quiebra. Se tiró del piso 22... ¡Quedó hecho una tortilla!

MOE. — No tienen sesos...

MORTY. — Bastante se desparramó en la acera.
 JACOBO. — Si alguien hubiera dicho, hace cinco o diez años, que ahora no podría ganarme la vida, no se lo hubiera creído...
(Aparece BESSIE con la tabla de picar carne.)
 MORTY. — ¿Pato? ¿Dijiste pato?
 BESSIE. — Un gran animalito. Enorme.
 MORTY. — A mí me gustan los gansos.
 BESSIE. — El pato es igual, o tal vez mejor... Cuando vuelvas otro domingo te haré un ganso.
 MORTY. — Tiene buen olor. Soy bueno para olfatear.
 BESSIE. — Debería darte vergüenza, Morty. Cada muerte de obispo se te ve en casa de tu única hermana.
 MORTY. — Bessie, ¡déjame vivir!
 BESSIE. — Debería darte vergüenza.
 MORTY. — Cuá, cuá...
 BESSIE. — Te pasas la vida en tus clubes, jugando a la baraja, y por aquí nunca apareces.
 MORTY. — Calla. ¿No ves que el abuelo me está cortando el pelo?
 BESSIE. — No te hace mucha falta. No te sobra.
 MORTY. — Abuelo siente mucho placer en cortármelo ¿No es cierto? Así son los viejos.
 JACOBO. — Si quisiera, podría hacer todavía un trabajito de primera.
 MORTY *(guiñando un ojo)*. — El abuelo corta el cabello a cada uno, según su físico. ¿No es así?
 JACOBO. — Seguro. Para cada tipo un peinado o un corte distinto. Por ejemplo, una persona de cara redonda necesita...
 BESSIE *(lo corta)*. — ¿Qué te parece? Hizo todo un curso de peinado y corte en la universidad... *(A JACOBO.)* No te olvides de la cortina... *(Suena el teléfono.)* Hola... ¿Quién es?... ¿Quién?... ¿La señorita Hirsch?... No, no está... No sé cuando volverá... *(Cuelga el tubo.)*
 JACOBO. — ¿Era para Ralph?
 BESSIE. — Número equivocado.
 JACOBO *(la mira con reproche y sigue su trabajo)*. — Disculpa.
 BESSIE *(suspira)*. — Le han vuelto a rebajar el sueldo a Ralph.
 MORTY. — ¡Malos tiempos! ¡Es igual en todas partes!... El jueves pasado vi a su patrón, Harry Glikman. Le compré un poco de terciopelo. Parece que va estar de moda otra vez.
 BESSIE. — Tienes que hacer algo por Ralph, Morty.
 MORTY. — ¿Qué puedo hacer? Hablé con Glikman respecto a Ralph, pero él me aseguró que había despedido a la mitad del personal.
(MYRON entra desde la cocina.)

BESSIE. — ¿En qué va a terminar todo esto? Myron no trabaja ahora más que tres días por semana.
 MYRON. — ¡Tiempos chanchos!
 MORTY. — ¡Ja, ja, ja!...
 BESSIE. — ¿Qué pasa?
 MOE. — ¿Tiempos chanchos es un chiste para usted? *(MORTY se pone serio.)*
 BESSIE. — Hennie ya tiene una criaturita. A su marido tampoco le va muy bien. ¡Santo Dios! ¡Nunca vi una época como ésta!
 MORTY. — Todo cambiará.
 MOE. — Sí, como no... Cambiará mi ropa interior... Nuestro país está necesitando algo así como un buen terremoto.
 JACOBO. — Mientras los obreros estén obligados a acrecentar los beneficios privados...
 BESSIE. — Oye, abuelo, deja esos discursos para la calle. Si subes a una tribuna, el gobierno te dará pensión gratuita para toda la vida.
 MORTY. — ¿Qué quieres insinuar? ¿Qué no tiene para vivir? ¿Y no le mando acaso todas las semanas un cheque de cinco dólares?
 BESSIE. — Podrías permitirte el lujo de mandar algo más. Bastante te sobra.
 MYRON. — ¿Qué viene a buscar aquí? *(Se dirige al comedor donde comienza a tender la mesa.)*
 MORTY. — He oído decir que el contrabando de alcohol es un buen negocio... ¿Qué hay de eso, Moe?
 MOE. — ¡Qué sé yo! Hace dos años que me despedí de ese negocio.
 MORTY. — ¿Ah, sí? Bueno ¿Y en qué nueva matufia andas ahora?
 HENNIE *(entra desde el dormitorio limándose las uñas)*. — ¿Dónde está Sam?
 BESSIE. — ¿Sam? En la cocina. *(Mutis.)*
 HENNIE. — Trae los pañales, Sam. *(Vuelve a la sala y se sienta cerca de la mesa.)*
 MORTY. — ¿Qué hace tu ratoncito Mickey?
 HENNIE. — Duerme.
 MORTY. — Ésa es la vida de un chico. Duerme... se le da el pecho... vuelve a dormir... Es una tontería tener hijos hoy en día... Es una idiotez.
(Desde la cocina, regresando.)
 BESSIE. — Una mujer debe tener hijos. ¿Para qué otra cosa vive en el mundo? *(MOE se frota la pierna.)* ¿Te duele mucho?
 MOE. — ¡Aíá!
 BESSIE. — Cuando empieza el frío, le duele la pierna. Tiene en el

armario cuatro más de madera... *(Va hacia la ventana y toma una maceta. Extiende un diario sobre la mesa y la coloca encima después de limpiarla con el delantal.)*

MORTY. — ¿Cuatro piernas de madera?

MOE. — Tres.

MORTY. — ¿Para qué tantas?

MOE. — ¿Por qué no? Tío Sam las reparte gratis.

MORTY. — ¡Ahí está la cosa! Si tío Sam no repartiera tantas piernas, se podría equilibrar el presupuesto...

MOE. — Que no hagan guerras y no tendrán que repartir piernas.

HENNIE. — ¿Por qué no usas una muleta, Axelrad? Darías un descanso a tu pierna.

MOE. — No es cosa tuya, señora Fein.

BESSIE. — Es una buena idea.

MOE. — ¿Y quién te pregunta nada?

BESSIE. — ¡Mira, se avergüenza!

MOE. — ¿Yo me avergüenzo? *(Enojado, saca el diario de la mesa.)* No quiero que me arruguen los diarios antes de que los haya leído. Quiero que mi diario esté completo. ¡Cuántas veces lo he dicho!

BESSIE. — ¡Bueno, hombre, calla! ¡Mira el escándalo que arma nuestro pensionista principal por un diarucho de cinco centavos!

MOE. — ¡Y no quiero tampoco que nadie use mi maquinita de afeitar! ¡Entiéndanlo! No me hace gracia comprar todas las semanas, diez hojitas de afeitar para toda la familia Berger. *(Enojado hace mutis hacia el dormitorio, renqueando.)*

BESSIE. — Quien lo oyerá, pensaría que uso sus hojitas de afeitar.

HENNIE *(lo sigue)*. — ¡Ese orgullo! *(Mutis hacia la cocina.)*

BESSIE. — Hasta para las plantas hay que tener suerte. Hace un mes la limpié y le recorté las hojas secas.

MORTY. — Tienes la casa limpia como un espejo. Y me gusta cómo cocinas, Bessie. Si algún día Myron te echa, puedes venirte a mi casa. Despediré a mi sirviente japonés y ocuparás su lugar. De cualquier modo, no me son simpáticos los nipones. Andan siempre alrededor de uno como los gatos...

BESSIE. — Tendré en cuenta tu oferta. Nunca se puede saber... Puede ser que alguna vez tenga que irme a tu casa. *(Hace mutis riendo.)*

JACOBO. — Listo. *(Junta todos los útiles de trabajo.)*

MORTY. — ¿Cuanto se te debe, figaro?

JACOBO. — Cinco centavos.

MORTY. — ¿Todavía cobras cinco centavos por un corte especial de pelo? *(Le da un dólar.)*

JACOBO. — Yo no altero los precios. *(Toma el dinero.)* No tengo vuelto...

MORTY. — Toma el dólar. Guárdalo para ti. Cómprate con él un Packard. Ja, ja, ja...

JACOBO *(entregándole un sobre)*. — Guárdame esto, por favor.

MORTY. — ¿Qué es?

JACOBO. — Mi póliza de seguro de vida. No quiero tenerla aquí, donde puede suceder algo.

MORTY. — ¿Qué puede suceder?

JACOBO. — ¡Quién sabe! Un robo, un incendio... Hace poco le robaron a un vecino cincuenta dólares.

MORTY. — Menos mal que que no pasó con alguno de nosotros.

JACOBO. — Guárdalo en tu caja fuerte. Bessie no debe saber nada.

MORTY. — ¿Está a nombre de ella?

JACOBO. — No. Está a nombre de Ralph.

MORTY. — ¿De Ralph? *(Toma el sobre.)*

JACOBO. — Sí. Pero él no sabe nada. Algún día recibirá tres mil dólares.

MORTY. — Tienes muchos años de vida aún por delante, abuelo.

JACOBO. — No, hijo. Los tengo ya detrás mío.

(RALPH vuelve de la calle con dos botellas de soda y un paquete de cigarrillos. MORTY está sentado en la cama leyendo la póliza. Luego la guarda, y vuelve a leer la página de historietas del diario.)

RALPH. — Cigarrillos. ¿Me telefonaron?

JACOBO. — Sí. Hace unos minutos, pero Bessie no me dejó contestar. *(Abre el paquete de cigarrillos.)*

RALPH. — ¿Le dijo que yo volvía en seguida?

JACOBO. — No.

RALPH. — Ya empezamos de nuevo. *(Entra BESSIE.)* ¿No me llamaron por teléfono?

BESSIE *(riega la planta con una botella de agua)*. — No. Era número equivocado.

JACOBO. — No mientas, Bessie.

RALPH. — Blanca quedó en llamarme a esta hora. ¿Era ella?

BESSIE. — Te lo dije: número equivocado.

RALPH. — Por favor, mamá, si fue ella dímelo.

BESSIE. — Vas a terminar por llamarme mentirosa. ¿No te da vergüenza? ¿Qué dirá el tío Morty?

RALPH. — No hay por qué avergonzarse. Quiero saber si ella llamó. Nada más.

BESSIE. — Quiero saber, quiero saber... ¿No te ha fastidiado ya bastante?

MORTY. — Realmente no te entiendo, Bessie. Dile sí o no y asunto terminado.

BESSIE. — ¿No se lo dije, acaso? ¡No! (RALPH se acerca a la ventana. MORTY lee unos papeles.) ¡Qué cabeza la mía! ¿Todavía no te lo conté, Morty? Ralph ya tiene una muchacha. ¿Qué me dices?

MORTY. — ¡Una muchacha! ¡Oh, oh!... ¡Qué cosa horrible! ¡Una muchacha! ¿Y con quién querías que anduviera? ¿Con un poste de telégrafo? (Sigue leyendo.)

BESSIE. — Una muchacha sin padres.

MORTY. — ¿Una huérfana?

BESSIE. — Yo me moriría de vergüenza. Una vez la traje aquí, pero no volverá a pisar esta casa, te lo aseguro.

RALPH. — Te advierto que volví a invitarla.

BESSIE. — ¿Oyes eso? Volvió a invitarla. Una no come y no duerme hasta que los cría, y después mira el pago que recibe.

JACOBO. — En la tumba se acabará todo. (Mutis.)

MORTY. — Cuá, cuá... (Ríe estrepitosamente.)

BESSIE. — ¿No podía haber elegido una muchacha mejor?... Flaca, pálida, sumida. Seis meses hace que está sin trabajo... y viviendo de la caridad de los tíos. ¡Tendrías que verla, Morty! En menos de un año se le muere la Mis Nadie ésa.

RALPH. — ¿Mis Nadie? ¿Y yo qué soy? ¿Clark Gable?

BESSIE. — Arréglate la corbata.

RALPH. — Déjame tranquilo. Yo sé cuidarme.

BESSIE. — ¡Él sabe cuidarse!

MORTY. — No debes preocuparte tanto, Bessie. Cuando llegue el momento, él mismo no querrá casarse con una muchacha pobre. No es tan tonto. El amor es una cosa linda, pero tendrá suficiente tino cuando llegue ese momento. Vivir y dejar vivir. Éste es mi lema.

BESSIE. — Naturalmente. A ti te va bien. Tienes dinero y el dinero habla hoy en día. Pero el que no tiene un dólar no puede dormir tranquilo.

RALPH. — Mamá, hace años que trabajo y traigo dinero a casa y lo pongo en tus manos como si fuera aún una criatura. Y no me quejo. No importa que no pueda arreglarme la dentadura... ¡Y no digo de comprarme un traje nuevo, que sería como pensar en comprar el edificio Chrysler!... (Pausa.) ¡Tantas cosas he deseado siendo criatura! Nunca me compraste, por ejemplo, un par de patines. Pero nada de eso importa ahora ya. Sin embargo, una cosa sí quiero que entiendas. Algunas cuentas de esta casa se pagan con mi dinero. Poco dinero, pero se pagan. Y tengo

derecho a que si mi chica me llama por teléfono pueda hablar con ella todas las veces que a mí se me ocurra. ¡Ya lo sabes!... (Mutis. HENNIE aplaude.)

BESSIE. — ¡No tuvo patines!... (Toma la planta.) Pero cuando se enfermó siendo un chico de doce años, ¿quién llamó al más grande especialista y le pagó con los últimos veinticinco dólares que había en la casa? ¡Patines! (Coloca la planta en la ventana. JACOBO regresa y arregla la cortina.)

JACOBO. — Parece que va a nevar.

MORTY. — Es tiempo ya. Estamos en invierno.

BESSIE. — También él sabe hablar como si fuera un libro abierto. Pero son sólo palabras. A ver... ¡Que trate de conseguir un pepino de dos centavos con sus discursos!

MORTY. — ¿Pepino? Me hiciste acordar... ¡tengo un hambre feroz!

BESSIE. — En seguida vamos a comer. Hay para ti un salpiconcito...

MORTY. — ¿Salpicón?... Mi plato favorito.

BESSIE. — ¡Si Ralph fuera un triunfador como tú, qué tranquila moriría! ¡Crémelo! (Mutis a la cocina.)

JACOBO. — ¡Triunfar! ¡Triunfar! ¡Vivir ya no es necesario! ¡Triunfar!

MORTY. — Salpicón, viejo. Cuando empiezan a discutir no escucho nada más. Me vuelvo sordo. Soy mandado a hacer para eso... (Observa a HENNIE que regresa frotándose las manos con aceite.)

HENNIE. — ¡Mis pobres manos! Parecen un rallador.

MORTY. — ¿Qué te pasa, Hennie? No pareces estar bien. Tienes mala cara.

HENNIE. — Estoy bien.

MORTY. — Pues no eres la linda muchacha de hace un año.

HENNIE. — A lo mejor deseo o añoro algo... ¡Quién puede saber!

MORTY. — Ya podrías permitirte el lujo de tener un vestido nuevo.

HENNIE. — ¡No sólo eso podría permitirme!

MORTY. — Ven mañana a mi negocio y elígete unos cuantos vestidos. Pero no andes con esa cara.

HENNIE. — Gracias, tío. Justamente estaba necesitando ropa. Nunca tuve mucho en la vida. Y Sam resulta muy poca ayuda.

MORTY. — Está loco por el nene.

HENNIE. — Ésa es la palabra: loco. Trae a casa veintiún dólares por semana. Una negra vive mejor que yo. He gastado mis dedos tecleando durante seis años en la máquina de escribir... ¿Y por qué? Para lavar pañales. Es cierto que yo también estoy

loca por el nene... pero, ni siquiera me deja dormir de noche.
¿Cerrar los ojos? Usted no sabe, tío Morty, lo que todo esto significa...

MORTY. — ¡Es claro! ¡Qué voy a saber! ¡Si yo nací recién ayer! Ji, ji, ji... Llegará un día en que te dejaré un nidito lleno de huevos. ¿Te gustan los huevitos de oro? Ji, ji, ji...

HENNIE. — ¿Cuándo? ¿Cuándo yo esté bajo tierra?

MORTY. — No, tontita. Cuando esté yo bien abajo.

HENNIE. — Es mejor que no hablemos de esas cosas, tío Morty.

MORTY. — Está bien, criatura.

MYRON (*entrando*). — Nunca tomo una copa... Yo mismo me extraño.

MORTY. — Me está picando... Debe ser hambre.

MYRON. — Ven, Morty. Bessie tiene un poco de coñac.

MORTY. — Muy bien, tomaremos una copita. Ayer no pude ir al baño turco a tomar la consabida copita.

MYRON. — Y yo, cuando tomo una copa, me pongo triste. Yo mismo me sorprendo.

(MYRON y MORTY salen. MOE aparece en la puerta, silencioso. SAM entra con una mamadera.)

SAM. — Voy a preparar la mamadera.

HENNIE. — No, Sam, déjalo dormir. Retira de ahí los pañales.

(SAM la mira y se dirige al dormitorio. MOE lo observa.)

MOE. — ¿Eso es tu marido?

HENNIE. — ¿No lo sabes acaso?

MOE. — No es un hombre. Es una niñera. ¿Duerme alguna noche contigo?

HENNIE. — No te hagas el vivo.

MOE. — Espera, no te largues. (*Se acerca a ella y le muestra el diario.*) Mira aquí. Una damita ahorcó a su marido con un alambre. Sostiene que no lo amaba. ¿Por qué una buena noche no le partes la cabeza con un hacha y terminas con él? (*La mira fijamente.*)

HENNIE. — ¿Estás loco?

MOE. — Es posible. ¿Quieres que te diga lo que veo en tus ojos?

HENNIE. — No.

MOE. — Un demonio tocando el clarinete. Tocando alguno de esos infernales tonos altos. ¡Cristo!... Podrías haber tenido un hombre de verdad y no una cosa como ésa, que sólo sabe preparar la mamadera.

HENNIE. — ¿Te refieres a ti?

MOE. — Sí, querida, me refiero a mí.

HENNIE. — Te consideras algo muy bueno.

MOE. — ¿Quieres comprobarlo otra vez?

HENNIE. — ¡Te doy una bofetada!

MOE. — Y yo te rompo el brazo. (*Pausa. Vuelve a mostrarle el diario.*) Mira: "Viaje de lujo a La Habana. Diez días de placer". Esto es lo que podrías tener... Vivir en los más lujosos hoteles... Música... Champaña... Pero estás atada a ese estúpido. ¿Por qué? ¿Qué obtienes de ello? Dos piccitas, dos cuevas, en la calle 108... Dolores de cabeza.

HENNIE. — ¿Y a ti qué te importa?

MOE. — Te conozco de otros tiempos. Cuando eras otra... Zapatos de cocodrilo... Perfumes exóticos detrás de las orejitas... Lujo... Pero se acabó todo eso. Ahora estás enterrada, mi Paradiso. (*Irónico.*) Pa-ra-di-so. ¡Qué bien suena!... Mírate un poco... Mírate en lo que has venido a parar.

HENNIE. — Comprendo... ¡Celos! Como no puedes conseguirme...

MOE. — ¡No me hagas reír!

HENNIE. — ¡Pájaro de presa! Hace tiempo que me buscas. Que quieras conseguirme. Darías por mí hasta tu pierna sana... (*Pausa.*) Yo estoy como enterrada, es cierto. Pero ya todo me es igual. Todo me es indiferente. En cambio, tú estás peor que yo.

MOE. — No me hagas reír.

HENNIE. — Comparada con la tuya, mi situación es la mejor del mundo.

MOE. — Pero te estás arruinando... Una mujer no es eternamente joven... Mírate un poco...

HENNIE. — Mientes. Recién tengo 24 años.

MOE. — ¿Cuándo dejas a tu marido?

HENNIE. — ¿Te gustaría saberlo?

MOE. — ¡Vas a ser mía!

HENNIE. — ¿Estás seguro?

MOE. — Seguro. Todo lo que se eleva, baja. Contigo no es tan difícil eso. ¿Te acuerdas?... dos por cinco. (*Ella le da una bofetada.*)

HENNIE. — ¿Qué esperas? Rómpeme el brazo...

MOE (*como si le dijera "te amo"*). — Escucha, piojosa... Escucha...

HENNIE. — ¿Y?... ¿Qué esperas?... ¿No eres tan valiente?

MOE. — ¿Me amas?... (*La abraza.*)

HENNIE. — Sácame las manos de encima. Déjame... Aunque fueras el último hombre... el único, ¿me oyes? (*Se libra del abrazo, intenta irse pero él la detiene.*)

MOE. — ¡Tonta! Si tuvieras un perro también lo querrías... (La abraza nuevamente.)

HENNIE. — ¡Gorila! (Le da un empujón y sale. Él se queda inmóvil, mirándola. JACOBO, que ha visto parte de la escena, se detiene en la puerta. Aparece RALPH.)

RALPH. — ¿Estuviste aquí antes, Moe?

MOE. — Antes, ¿cuándo?

RALPH. — Cuando me llamaron por teléfono.

MOE. — No.

JACOBO. — No te preocupes, Ralph. Volverá a llamarte.

RALPH. — Estoy alarmado... Creo que algo raro le pasa...

JACOBO. — ¿Qué?

RALPH. — No sé. Ayer la acompañé hasta su casa después que salimos del cine. Me preguntó qué diría yo, si ella hiciera un viaje.

JACOBO. — No te inquietes, hijito. Te volverá a llamar. ¿Y si tú fueras a verla?

RALPH. — Traté de hacerlo dos veces. Su tío no me dejó entrar en la casa.

MOE. — Un hombre no debe perder su dignidad. Usa la cabeza... Deja de comportarte como un chico... Alquilate una cama para dos...

RALPH. — No quiero consejos de esos, Moe.

MOE (ríe). — ¡Mira como se ruboriza!

RALPH. — Tú no la conoces.

MOE. — La conozco. Es de esas a quien ningún hombre, salvo el enterrador, verá jamás desnuda.

RALPH. — ¿Qué te propones? ¿Qué quieres de mí?

MOE. — ¡Nada! ¿Qué puedo querer de ti? Eres un buen muchacho. Pero conviértete en hombre. Mira, hay dos clases de personas en la vida: las que están seguras de sí mismas, y las que desconfían de sí... No seas un infeliz. No desconfíes de ti. Sé un hombre.

JACOBO. — Y tú, Moe, ¿lo eres?

MOE. — ¡Vete al diablo! Independízate. Toma de la vida lo que puedas. Enderízate sobre tus piernas, y haz lo que te dé la gana.

RALPH. — Y que me aconsejas para esto, ¿Moe?

MOE. — Busca algún negocio que no sea muy limpito. Llénate los bolsillos de dinero, y entonces verás lo que eso significa.

MORTY (que ha entrado comiendo). — Yo sé bien lo que eso significa. Derechito a presidio... Dinero fácil es contra la ley, y contra la ley no puede ganarse nunca. La estafa es ilegal. ¿Sabías eso, Moe?

MOE. — Todo es estafa. De arriba abajo... Casarse, política, grandes negocios... Es como jugar al vigilante-ladrón... Y tú mismo eres un estafador.

MORTY. — ¿Quién, yo? Yo soy un honrado fabricante de vestidos.

MOE. — ¡Cuentos chinos!

MORTY. — No hagas alusiones sobre mí, sin pruebas... O las pones sobre la mesa o te callas la boca. Yo he oído eso de otros, también. "Todo hombre rico es un ladrón que roba a los pobres." Eso es una gran mentira y por eso la detesto.

MOE. — Si la detestas, cómprate una corneta y un tambor y sal a pelearla.

MORTY. — Ya hemos oído bastante sobre eso. Todos mis operarios comen el pan que les doy, y detrás mío dicen que soy un hijo de... perra. Comencé, siendo un chiquilín, a conducir un carrito de hielo por dos dólares a la semana. Aquí está el abuelo. El te lo puede decir... Todo lo hice por el camino honrado. En toda la industria del tejido nadie está mejor conceptuado que yo.

JACOBO. — Eres realmente una excepción. No a todos, les es dado triunfar como a ti.

MORTY. — Ralph puede hacer lo mismo.

JACOBO. — No, Morty, no. Las estrecheces económicas lo aplastan a uno, como toneladas de carbón. Hoy sólo se sabe gritar "¡plata!". Desde la cuna misma ya le enseñan, a uno a gritar "¡Plata, plata!".

MORTY. — Resultas muy cómico, abuelo. Un verdadero Carlos Chaplin.

JACOBO. — ¿No tengo razón acaso? Noches enteras sueña Ralph con riquezas. ¿Y por qué no ha de alcanzarlas? No le enseñan en el cine que debe poseer un lujoso yate, pijamas de cincuenta dólares, y un baño como un monumento? Y cuando despierta, por la mañana, se da cuenta que ni siquiera tiene diez dólares para arreglarse la dentadura. Y así hay millones en las fábricas y talleres... Ganando sueldos de hambre. Ríe, ríe... ¿No oíste decir cómo fusilaron a mujeres y hombres, por el único delito de pedir aumentos de salarios? ¡En todas partes, esclavitud!

BESSIE (entra con MYRON, trayendo ocho platos con salpicón). — ¿Ya comienza otra vez?

JACOBO. — En la Biblia está escrito que el Mar Rojo se abrió y tragó a los egipcios. En estos tiempos también puede repetirse el caso del Mar Rojo, con sus olas que arrasasen todo. Lo veo.

MORTY. — Ya me estoy enojando, abuelo.

BESSIE. — No termina nunca de cerrar el pico.

MORTY. — Y pensar que si no fuera por este odiado ricachón, no tendrías dónde guarecerte. ¿Sabes eso, siquiera?

RALPH. — Déjlo tranquilo. Tiene razón.

BESSIE. — ¡Otro agregado!

MYRON. — ¿Cómo puedes morder la mano que te alimenta?

RALPH. — Es la verdad. La pura verdad.

BESSIE. — ¡Cállate la boca, mocoso!

JACOBO. — Es cierto que me das una limosna... Un hueso para un perro viejo... Pero si vivieramos de acuerdo con Carlos Marx, un hombre tan viejo como yo, no debería acudir a la caridad pública y tener que bajar la cabeza de vergüenza.

MORTY (*con sorna*). — ¿Quién es ése Marx?

MOE. — Un jugador de fútbol. (*Entra SAM.*)

MORTY. — ¡Éste sí que es un chiste! Mejor que los de los diarios.

SAM. — Pero aquí estamos en América. En este país todo el mundo tiene una oportunidad.

MYRON. — Es claro. Y tu Carlos Marx prohíbe creer en Dios.

JACOBO. — ¿Y tú, que crees en Dios, has recibido algo por eso? Toda la vida trabajando para otros... ¿Cosechaste algo para ti? ¡Ni una sola espiga de trigo! Pero... crees en Dios. ¿Encontraste en alguna parte un pedazo de tierra donde pudieras vivir como la gente y morir de cara al sol? ¿Dime, dime, qué recibes por tu fe?... Me gustaría saberlo. Pero no puedes contestarme. Estás detenido, como un idiota, con la lengua afuera... ¡Beeee!... En tu cara está reflejada desde hace rato la contestación: en esta inmunda cueva vivirás hasta que venga a buscarte la muerte.

MOE. — ¿Así que quieres abolir la propiedad privada, viejito?

BESSIE. — Sí, y salir a pelear con todo el mundo. (*Empuja afuera a MYRON y SAM.*)

JACOBO. — Toda la vida he estudiado. ¡Ya lo sé!

MORTY. — ¡Estás borracho!... Vamos a ver, ¿qué sabes?

JACOBO. — Si te lo dijese, ¿lo entenderías?

MORTY. — ¿Ven ustedes? Todos estos locos no entienden ni lo que predicán. No vayas al zoológico, abuelo. Las lagartijas te van a comer. (*HENNIE entra al comedor. MYRON y SAM traen el pato.*) ¡Mira, mira! ¡Qué hermoso pato!... ¡Qué gordura!... ¡Una sola vez se vive en la vida!... ¡Cuá!... ¡cuá!...

BESSIE. — No vayas a estropear tu apetito, Morty. Bueno, todos a comer. (*Toma el pato y lo pone sobre la mesa.*)

MYRON. — Estamos listos, Bessie.

MORTY. — Deberías tener vergüenza, abuelo. Que Moe, bueno... ¿Pero tú? ¿Estás en pañales?

BESSIE. — Vamos a comer. Y basta de discutir por hoy.

MORTY. — Un pato. Cuá, cuá...

(*Entran al comedor. Se sientan todos a la mesa. JACOBO se muestra nervioso. MOE se acerca a él.*)

MOE. — Ríete de ellos, viejo.

JACOBO. — Él me mantiene, ¿comprendes? Tengo que arrastrarme en cuatro patas ante él... Una vez, en verano, vi un viejo caballo de alquiler... Le habían puesto sobre la cabeza un viejo sombrero de paja... Sólo las orejas se le veían. Así estoy yo. ¡Ah!, si me devolvieran mis años juveniles... Sangre nueva, brazos, fuerza...

MOE. — Ven a comer, Ralph. (*Suena el teléfono.*)

RALPH. — ¡Hola!... ¿Te dijo algo mi madre?... Lo siento mucho. Ya la conoces... Seguro... ¿Qué pasa?... Sí, oigo... Pon la radio, abuelo... (*JACOBO lo hace.*) Sí, sí... ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?... ¿Qué ocurre?... Llama a tu tío al aparato. (*Pausa.*) Oiga, mister Hirsch, ¿qué es lo que se propone hacer usted? ¡No!... ¿Pero, que sentido tiene eso?... Deje que yo le hable. Llame a Blanca. (*Pausa.*) ¿Qué es eso, Blanca? ¿Una broma? ¡No, no! ¡Es una locura!... En seguida voy para allá. (*Cuelga el tubo.*)

JACOBO. — ¿Qué ha ocurrido?

RALPH. — Yo mismo no lo entiendo. Blanca se va.

JACOBO. — ¿Adónde?

RALPH. — Al oeste. A Cleveland.

JACOBO. — ¿A Cleveland?

RALPH. — Dentro de una semana o dos. ¿Te das cuenta? Lo han hecho a propósito, para separarnos...

JACOBO. — Cálmate. Ya encontraremos algún remedio para eso.

RALPH. — Tengo que verla esta noche. (*Lo ahoga un sollozo.*) ¡Abuelo!

BESSIE (*se asoma a la sala*). — ¿No sería mejor servirle a ustedes dos en una mesita del jardín de invierno? Para la radio, abuelo. (*Entra a la sala y apaga la radio.*)

MORTY. — No, Bessie. Me gusta la música. (*BESSIE pone nuevamente la radio y vuelve a sentarse.*)

RALPH. — Yo sé... Lo han hecho a propósito, abuelo.

JACOBO. — No llores, muchacho. ¿Por qué ha de ser así? No llores. ¡No hay que llorar! ¡No hay que llorar!

MORTY. — ¡Cuá!... ¡cuá!... (*Todos rien.*)

TERCER ACTO

(Esa misma noche. El comedor está a oscuras. Por la ventana de la sala entra un tenue rayo de luna. JACOBO, sentado en su cuarto que sí está iluminado, lee un manuscrito en voz alta. Dijérase que está declamando ante un auditorio.)

JACOBO. — Vosotros, los que vivís en la obscuridad y en la miseria ¡levantaos! ¡Millones yacen bajo las cruces, muertos inútilmente en esta guerra imperialista en aras del mayor esplendor y gloria del capitalismo!... ¡Despertad y cantad, vosotros que os revolcaís en el polvo!...

(RALPH entra desde la calle y enciende una luz.)

JACOBO. — ¿Ralph?

RALPH. — Sí. *(Se quita el sobretodo y lo deja sobre una silla.)* Comienza el frío.

JACOBO. — Apenas las diez de la noche y ya no hay calefacción. En noches como éstas deberían mantenerla por lo menos hasta las doce. ¡Pero... quéjate a la luna!

RALPH. — Es probable que nieve.

JACOBO. — Sería una suerte para los desocupados. Podrían ganar algo limpiando las calles.

RALPH. — Recuerdo que cuando chico solía, en noches como ésta, estar acostado con los ojos bien abiertos, atento a la marcha lejana de los trenes... a los buques que navegaban por el río... a los pregones cansados y tristes de los vendedores callejeros... ¡Soñaba con las grandes cosas que deseaba hacer! ¿Eran sueños infantiles, abuelo?

JACOBO. — ¿Querías crear un mundo propio para ti?

RALPH. — No pude. Y ahora me siento muy deprimido.

JACOBO. — Eres joven, Ralph. La vida está frente a ti, como si fuera una enorme montaña, pero tus piernas son fuertes. Escala esa montaña.

RALPH. — ¿Cómo hacerlo?

JACOBO. — Encontrarás el modo. Los hombres jóvenes y fuertes nunca han tenido las oportunidades de hoy. Ustedes podrán hacer historia.

RALPH *(pausa)*. — ¿Dónde está la gente?

JACOBO. — Salieron.

RALPH. — ¿Tío Morty también?

JACOBO. — Llevó en su auto a Hennie y a Sam.

RALPH *(un silencio. Luego, con tristeza)*. — La vi...

JACOBO *(ansioso)*. — ¿Sí? Vamos a ver, cuenta...

RALPH. — La esperé en el parque. Yo temblaba. ¡Hacia tanto frío! Blanca está muy asustada...

JACOBO. — Culpa de ellos. De su familia.

RALPH. — No hacen más que mortificarla. ¡Nada menos que un millonario quieren para ella!

JACOBO. — ¿Le dijiste que la amabas?

RALPH. — Seguro. "Quiero casarme contigo —le dije—. Aunque sea mañana mismo". Gano dieciséis dólares a la semana y con eso... ¿Te parece que mamá convencería a tío Morty que me hiciera despedir si me caso? ¿Bueno, y eso que importaría? Lo mismo pueden morir de hambre dos que uno.

JACOBO. — ¿Y en qué terminó?

RALPH. — Me prometió que nos vemos mañana otra vez.

JACOBO. — ¿Se va a Cleveland?

RALPH. — No sé. Junto a ella pelearía al mismo diablo... Pero sin ella... no tengo coraje, abuelo.

JACOBO. — Hay cosas más importantes que pensar en muchachas... *(Comienza a limpiar la máquina de cortar el cabello.)*

RALPH. — Tal vez tengas razón. Pero le va a pesar. Verá de lo que soy capaz. Cuando empiece, nada ni nadie será capaz de detenerme... *(Contiene el llanto.)* ¿Por qué no quiere mamá que ella venga aquí?

JACOBO. — Porque ella es parte de la sociedad, en la que no reina el amor sino el odio.

RALPH. — ¿Pero es que soy un vago? Soy joven, sí, ¿pero, qué puedo hacer?

JACOBO. — Mirame a mí, hijo: soy un ejemplo vivo. Frente a ti tienes a un pobre viejo, limpiando una no menos maquinita. ¿Crees que la volveré a usar? No. Fui un fracaso en la vida. Por eso te digo: haz algo, Ralph, no hables. Haz algo en tu vida. No como yo, que teniendo buenas oportunidades, me pasé hablando y bebiendo tazas de té... *(Pausa. Se oye el paso de un avión.)*

RALPH. — ¿Oyes? El avión postal de Boston. Viene atrasado unos minutos. Cuando lo oigo pasar todas las noches, cruzando el cielo del Bronx, siento una sensación...

(Suenan las campanas. JACOBO va a abrir.)

JACOBO *(desde afuera)*. — ¿Qué pasa?

SAM (*entrando impetuosamente*). — ¿Dónde está mamá?
 JACOBO. — ¿Tu suegra? Debajo de la mesa.
 SAM. — ¿No hay nadie?
 JACOBO. — Siéntate. Pronto volverá. ¿Cómo, por la calle sin sombrero, sin corbata?
 SAM. — ¿Es un crimen, acaso?
 JACOBO. — Disculpa.
 RALPH. — ¿Te peleaste con Hennie?
 SAM. — Algún día... será la última... sí, sí... la última vez...
 JACOBO. — En mis tiempos solía la hija ir a quejarse a casa de la madre. Ahora lo hace el yerno.
 SAM. — Esto va a terminar. Ya verán. Tengo un corazón débil, soy callado... Pero adentro...
 RALPH. — ¿Qué ocurrió?
 SAM. — Hablaré mejor con tu madre. (*Se sienta. Pausa.*)
 JACOBO. — ¿Quieres una manzana?
 SAM. — ¡Por favor! Estoy reventando de rabia y usted me ofrece una manzana.
 JACOBO. — Bueno, hombre, no grites. ¿Qué ocurrió?
 SAM. — Ni en broma debió decírmelo.
 JACOBO. — ¿Mi nieta dijo algo?
 SAM. — ¿Si dijo algo? Sin rodeos, como descargando un rayo... que el chico no es mío. Sí, sí... así nomás dijo.
 RALPH. — No seas tonto.
 JACOBO. — Bromeaba.
 RALPH. — Se burlaba de ti.
 SAM. — ¡Que se burle de otro y no de mi! (*Pausa.*) Ustedes no la conocen como yo... Me despierto de noche, y ella está sentada, sin hablar una palabra, y me mira, me mira fijamente, como si yo fuera quién sabe qué... Me da hasta miedo. Gano bastante. Le hago pasar buena vida... ¿Pero de qué sirve todo eso si ella está siempre ausente, viviendo en otros mundos? Es para enloquecer... Preguntaré a la suegra qué debo hacer.
 JACOBO. — Ella va a decir que te vayas a dormir. Que has tenido una pesadilla.
 SAM. — ¡Pesadilla!... Tendría que hacer algo... ¿Pero qué...? (*JACOBO ríe.*) ¿Ah, sí? Yo reviento de rabia y usted se ríe... Dos veces me pesé esta noche en el subte... (*Tira dos cartoncitos sobre la mesa.*)
 JACOBO (*los toma*). — ¡Cincuenta y cinco kilos! No está mal. (*Da vuelta uno de los cartoncitos.*) Hombre, el peso y la fortuna por diez centavos... (*lee.*) "Tienes inclinación a grandes y profundas ideas. Admiras todo lo que sea inteligencia. Tienes

mucha suerte y tino en la elección de tus amistades". Muy acertado. Pero pienso, Sam... que tal vez no hayas caído en la familia propicia... (*Entran MYRON y BESSIE. Ésta enciende más luz.*)
 BESSIE. — ¡Mira una visita! ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo al nene?
 SAM. — No.
 BESSIE. — ¿No? ¿Entonces que haces aquí?
 SAM. — Que se acabó todo... Y que yo me lavo las manos.
 BESSIE (*con calma*). — Ajá... Ante todo, sácate el sobretodo. Siéntate. Con sacudirte así, no ganarás nada. Haz té, Myron. (*Mutis.*) Vas a tomar con nosotros una tacita y nos entendemos como gente civilizada. (*A RALPH.*) ¿Y tú, que haces ahí sentado, vestido de etiqueta? ¿Vas a un banquete? (*Mutis RALPH.*) Vimos una buena película de Boris Karloff. Trabaja tan naturalmente, llevate los libros de aquí, abuelo.
 JACOBO. — Está bien. (*Mutis.*)
 BESSIE. — Bueno... ¿qué ha pasado?
 SAM. — No aguanto más.
 BESSIE. — Espera. ¡Abuelo! ¿llevaste al perro a la azotea?
 VOZ DE JACOBO. — En seguida voy.
 BESSIE. — ¿Qué es lo que no puedes aguantar más? (*Se sienta.*)
 SAM. — Lo que dijo su hijita. Que soy un segundo violín en mi propia casa.
 BESSIE. — ¿Eso dijo?
 SAM. — Y otra cosa. Que la criatura no es mía.
 BESSIE. — ¿Qué? ¿Qué estás diciendo? (*MYRON entra trayendo unas tazas.*)
 SAM. — Con su propia boca, lo dijo. Caí sentado, como si me hubiera dado un rayo.
 BESSIE. — No acabo de entender una palabra de todo lo que dices.
 SAM. — ¿Cree que estoy inventando? Ha sido como si me hubiese metido un cuchillo en el corazón.
 BESSIE. — ¿Y crees en esa historia?
 SAM. — Yo no sé...
 BESSIE. — ¿Cómo "yo no sé"?
 SAM. — Me nombró al hombre...
 BESSIE. — ¡Imposible!
 SAM. — Tampoco lo puedo creer, pero lo dijo... "¡Eres un segundo violín!" Y con gritos que podían oírse a dos millas...
 BESSIE. — ¿Hennie a dicho eso?... ¡Sam, imposible!
 SAM. — Lo dijo, lo dijo...
 MYRON. — No se siente muy bien últimamente. ¿Entiendes, Sam? Ella...

BESSIE. — Si, está enferma. Puedes creerme, Sam. Una madre sabe. Nervios. Es un poco ligera de genio. Como yo (A MYRON.)
¿Has oído cosa igual en tu vida?
MYRON. — El nene estuvo enfermo y la agotó. Necesita descanso.
BESSIE. — ¿Y tú crees que Sam la tomó en serio? ¿Qué cree en lo que le ha dicho?
MYRON. — Claro que no lo cree.
BESSIE. — Sam, te diré la verdad. Somos sus padres, ¿no? Bueno, a veces ni nosotros la entendemos.
SAM. — No me quiere.
BESSIE. — ¡No digas tonterías!
SAM. — No me quiere un chiquito así.
BESSIE. — ¿Y por qué crees que se casó contigo? ¿Por tus millones? ¿Por tu belleza? No eres un galán, me parece. Le agradaste, simplemente.
SAM. — No. Ni siquiera un chiquito así... (Vuelve JACOBO. Permanece en la puerta de su pieza.)
BESSIE. — Fue aquí, junto a esta mesa, que ella dijo: "Sam es un buen muchacho. Tiene buena cabeza para los negocios"... Aquí, justamente aquella noche que le mandaste chocolate con nueces. ¿Te acuerdas?
MYRON. — Dos cajas por cuarenta centavos.
BESSIE. — Justamente entonces lo dijo.
MYRON. — Fuiste el único en quien ella tuvo interés.
BESSIE. — Y por eso se casó. Te aclaro que tenía para elegir, ¿eh? Andaban así los muchachos detrás de ella. Puedes creerme.
MYRON. — Era muy popular.
BESSIE. — Hasta Moe Axelrad quiso hacerla feliz. Le ofreció casa, sirvientes... Una vida sin hacer nada. Sin tocar un plato, si quiera...
MYRON. — ¿Moe?... ¡Se volvía loco por ella!
SAM. — ¿Moe Axelrad?
BESSIE. — Pero ella no lo quiso. A una chica como Hennie no se la compra con dinero.
SAM. — Sí, sí...
BESSIE. — Que no vea el día de mañana, si miento.
SAM. — ¿Entonces no dijo más que una broma?
BESSIE. — ¡Claro! ¿No lo entiendes? Debería darte vergüenza.
SAM. — El nene se parece en todo a mi. Los mismos ojos de mi familia...
BESSIE. — Hasta un ciego puede verlo.
MYRON. — ¡Pero claro!
SAM. — Pero ella dijo el nombre. Lo dijo...

BESSIE. — ¡En la guía telefónica hay miles de nombres!
MYRON. — Eso. Juan, Pablo, Pedro, Diego...
BESSIE. — ¿Qué haces parado ahí, abuelo? Lleva al Tootsie a la azotea. Pero ten cuidado que no se arrime mucho a la cornisa. Está muy resbaladiza.
JACOBO. — Bien, bien... (Mutis a su habitación.)
BESSIE. — Trae el té, Myron y abre un tarro de dulce. (MYRON hace mutis a la cocina.)
SAM. — Entonces, usted cree, mamá, que...
BESSE. — Hablaré de eso con Hennie. Déjalo por mi cuenta.
SAM. — Mañana la llevo al médico. (Se levanta para irse.)
BESSIE. — ¿Qué apuro tienes? Quédate otro rato. Tomarás una taza de té. (MYRON trae un tarro de dulce y un plato con pan.)
SAM. — Es mejor que me vaya. Estoy cansado. Me parece que me resfrié. El tiempo está tan malo que... (Estornuda. Aparece RALPH. Se sienta en la cama.)
MYRON. — ¿Te vas sin tomar el té?
SAM. — Quiero acostarme. Me he resfriado.
MYRON. — Teddy Roosevelt solía decir: "Si te preocupa algún grave problema, duerme bien antes de resolverlo".
BESSIE. — Sam no tiene ningún problema.
MYRON. — Quise decir...
BESSIE. — Telefonéame mañana por la noche, Sam.
SAM. — Es cómico... A veces me parece... (MYRON y SAM hacen mutis. Se oye cantar a Caruso en la pieza de JACOBO. Pausa.)
BESSIE. — ¿Y eso es un hombre? Bah, bah... ¿El segundo violín, dijo Hennie? Para mí ni toca en la orquesta.
RALPH. — Quiero preguntarte algo.
BESSIE. — Puedes hacerlo.
RALPH. — Es sobre Blanca.
BESSIE. — Es mejor que no hables, entonces. (Mutis a la pieza de JACOBO.)
RALPH. — Escucha, mamá...
BESSIE. (regresa con sábanas y almohadas). — No quiero oírte. (Comienza a tender la cama.)
RALPH. — No tiene dónde estar.
BESSIE. — ¿A mí qué me importa?
RALPH. — Pero yo la quiero, mamá...
BESSIE. — Me alegra mucho.
RALPH. — Quiero que venga a vivir aquí. Aunque sea sólo por un tiempo.
BESSIE. (deja de tender la cama). — ¿No podías pensar algo mejor?

RALPH. — Si no se hace algo por ella, se va. ¿Por qué no haces tú algo? Que se quede aquí por poco tiempo. Todo cambiará y entonces...

BESSIE. — Claro, claro... Te la guardaré en la heladera. Así estará fresquita para el día del casamiento... (*Sigue haciendo la cama.*)

RALPH. — Comprende, mamá...

BESSIE. — ¿Dónde quieres que la acueste? ¿Contigo, en la misma cama? (*Entra JACOBO con sobretodo y sombrero.*)

RALPH. — ¡¿Por qué hablas así? Sólo pienso que...

BESSIE. — Lo que piensas ya lo sé. Pero sé también lo que yo pienso. Mira bien lo que haces, hijo. Míralo bien que es para tu propio provecho.

RALPH. — ¿Eso es lo que me contestas? Está bien. (*Mutis al comedor. Se sienta.*)

BESSIE. — Acuéstate. Mañana habrás olvidado todo. (*Mutis.*)

JACOBO (*como hablando a un auditorio invisible*). — “Todos los que se revuelquen en el polvo, despierten y canten... Ese día, también los muertos se levantarán de sus tumbas...” (*Entra MYRON.*) ¿Hace frío afuera?

MYRON. — Mucho frío.

JACOBO. — Voy a llevar al Tootsie a la azotea. (*BESSIE trae una colcha.*)

MYRON. — Sam parecía un perro escapado de la cadena. No creo que Hennie haya sido tan tonta de contarle todo... (*RALPH oye esto y se levanta. BESSIE lo ve y advierte a su marido.*)

BESSIE. — ¡Myron!

(*MYRON comprende, y silbando, va a sentarse.*)

RALPH. — ¿Qué puede haber contado Hennie a Sam?

BESSIE. — No es cosa tuya.

RALPH. — No es cosa mía. Pero empiezo a ver claro.

BESSIE. — ¡Ni una palabra más, Ralph!

RALPH. — Tengo que ser respetuoso con ustedes, ¿no?

BESSIE. — ¡Ni una palabra más sobre esto! Ni una palabra más he dicho. Estoy demasiado nerviosa y él...

RALPH. — ¿No quieres que Blanca venga aquí? Ahora no sé si yo mismo quería... Lindo trabajo hicieron para atrapar a ese pobre tonto... ¿Y tú, abuelo, también sabías esto?

JACOBO. — Sí...

RALPH. — ¿Por que lo permitiste? ¿Lo sabías y callaste?

MYRON (*después de una breve pausa va hacia RALPH y apoya una mano en su hombro*). — Me gustaría decirte algo, hijo...

RALPH. — ¡Quitame la mano de encima! Te has pasado la vida

entera sentado en un sillón, aprobando todo lo que se hacía en esta casa.

MYRON. — Quiero decirte...

RALPH. — No tienes nada ya que decirme. ¡Nunca en tu vida tuviste nada que decirme!

BESSIE. — No le digas nada. Déjalo. Déjalo que vaya corriendo a lo de Sam y le cuente todo. Que lo publique en los diarios. Que lo haga transmitir por radio, también. ¿Que los padres tienen el corazón dolorido? ¡A él qué le importa?... (*A JACOBO.*) ¿Y tú qué esperas? ¿No te dije veinte veces que saques al perro? Todo el día discos y discos. ¡Pero se acabó! Muchas veces te dije que iba a romper todos esos discos. ¡Te lo dije! (*Lo aparta con violencia. Entra en la pieza de JACOBO. Se oye como rompe los discos.*) ¡Toma! ¡Toma!... (*Vuelve.*) Cuando te diga otra vez algo, lo crearás... Esto te servirá de lección. (*Cae en un sillón.*)

JACOBO (*abatido*). — ¡Nueva lección, Bessie! Pero no las necesitaba un perro viejo...

(*MOE aparece y desde la puerta que divide el comedor y la sala, mira.*)

MYRON. — No debiste hacer eso, Bessie.

BESSIE. — No, ¿verdad? Lo que puedes hacer es hablar con tu hijo. Dios me dio un padre y un hijo... Pero no pienso matarme por ninguno de los dos. ¿Para qué vas a trabajar como una negra? No hacen más que martirizarnos, sacarnos el jugo... No importa. Llegará el día en que te arrepentirás de haber tratado así a tu madre, Ralph... Y entonces quizá será tarde... (*Solloza.*) Dile siquiera cuántas noches no dormí, cuántos días no viví, por él...

(*Rompe a llorar y hace mutis a la cocina. Un silencio largo.*)

MYRON. — Ralph, mamá está muy enferma... No debes tratarla así...

MOE (*a Tootsie*). — Ven aquí, porquería... ¡sh!... ¡sh!... ¡Tootsie!... (*Alza el perro en brazos.*) Si es cierto que la gente se transforma después de la muerte, me gustaría convertirme en un perro como tú, para estar sentado en la falda de alguna dama... ¿Qué me dices de una brisca, abuelo?

JACOBO. — No. (*Va a tomar al perro.*)

RALPH. — Dame. Yo lo llevo.

JACOBO. — No, no. Yo.

RALPH. — Hace mucho frío.

JACOBO. — Siempre hizo frío en mi vida... Un hombre, a mi edad... Tootsie ven aquí. Tú eres mi dama favorita en esta

casa... (*Mira a todos, como si se despidiera de ellos y hace mutis. Sobreviene un largo silencio.*)

MYRON (*durante todo el tiempo frente al espejo, observa que se le cae el pelo*). — ¡Bueno, bueno, lo que me faltaba! No hace más que caérseme el pelo.

RALPH. — ¡Pobre abuelo! Mamá rompió todos sus discos.

MYRON. — Sí, no debí hacer eso.

MOE (*se sienta en la mesa de la sala y comienza a hacer un solitario*). — Es una lástima. Pero ahora podré dormir por la mañana. ¡Quién diablos necesita oír todo el día a Caruso!...

MYRON (*mira a través de la ventana*). — Está nevando.

MOE (*sigue su solitario*). — Ni la nieve es la de otros tiempos. Todo el mundo cambia. (*Canturrea.*)

MYRON (*va hacia RALPH*). — ¿Qué podría decirte, hijo?

RALPH. — Nada.

MYRON. — Comprendo lo que sientes.

RALPH. — Olvida eso.

MYRON. — ¿Y tu chica?

RALPH. — ¿Qué te importa a ti de ella?

MYRON. — Ralph... yo quisiera que tú y yo... Es extraño, nunca nos hemos acercado el uno al otro.

MOE. — Déjalo tranquilo, epidemia.

MYRON (*se sienta*). — Apenas noté que se me caía el pelo, comprendí que era un fracaso mi vida. (*Muestra la calvicie.*) ¿Ves? ¿Cómico, no?

RALPH. — Espantosamente cómico.

MYRON. — Creo en el destino.

MOE. — No confíes mucho en el destino. Te puede hacer una mala jugada.

MYRON. — Realmente... no sé. En otros tiempos vendían cosas muy distintas para conservar el pelo. Ahora, el farmacéutico me dio esto... (*Saca un frasquito de su bolsillo.*) "Elixir maravilloso"...

MOE. — Ralph, tu viejo cree todavía en milagros.

MYRON. — Aquí está escrito. (*Muestra la etiqueta.*)

RALPH. — El abuelo tiene razón. Éste es un mundo de locos. (*Suena el timbre.*)

MOE. — ¡Atención, muchachos, el ataque empieza en el sector 875!

MYRON. — ¿Quién puede ser a estas horas de la noche?

RALPH. — Voy a ver.

MYRON. — No. Voy yo. (*La campanilla suena con más insistencia.*)
Es raro.
(*Mutis, BESSIE entra desde la cocina.*)

BESSIE. — ¿Quién toca el timbre como un loco?

MYRON (*regresando*). — ¡Bessie, Bessie!

BESSIE. — ¡Qué pasa!

RALPH. — ¡Qué pasa!

MYRON. — ¡El abuelo!

BESSIE. — ¿Qué? ¿Qué?

SCHLOSSER (*entra*). ¡Patinó!... Tal vez la nieve...

RALPH. — ¿Quién?...

SCHLOSSER (*a BESSIE*). — Su padre. Se cayó de la azotea. (*Mutis de RALPH.*)

BESSIE. — Myron, telefonea a Morty. Llámalo... no, no. Lo llamaré yo...
(*Mutis de MYRON.*)

SCHLOSSER (*continúa explicando*). — Yo estaba vaciando los tachos de ceniza, y de repente... Será porque la nieve...

MOE. — ¡A volar! (*Mutis de SCHLOSSER. Sentado tranquilamente, da vuelta una baraja de vez en cuando y vigila a BESSIE que se acerca al teléfono.*) Realmente... ¿habrá patinado?

BESSIE. — No veo los números. Moe, llama por mí.

MOE. — Llama sola. (*La mira, y luego sigue con su juego sin que las manos le tiemblen.*)

BESSIE (*discando*). — River Side... 7, 7. 3...

MOE. — ¡Patinó!... ¡No me hagas reír!... (*Silba acomodando los naipes.*)

TELÓN

CUARTO ACTO

(Ocho días después... Es de noche. Rodean la mesa del comedor: BESSIE, MYRON, MORTY. MOE, en el sillón de la sala, haciendo que lee, pero escucha la conversación de aquellos.)

BESSIE. — ¿Pero es cierto que el inspector de seguros vendrá esta noche?

MORTY. — ¡Claro que vendrá! Le deslicé en la mano un billetito de diez... No te aflijas. Todo saldrá bien.

BESSIE. — Bueno, pero, ¿por qué tanta prisa? Hace apenas ocho días que falleció papá.

MORTY. — ¿Por qué? ¿Por qué?... Has tenido grandes gastos, y cuanto antes terminemos todo esto, mucho mejor. Machacar el hierro en caliente. Eso conviene.

BESSIE. — No soy más que una simple mujer y no entiendo nada de seguros. Hazme el favor, quédate hasta que venga.

MORTY. — No, querida. Líbrame de eso...

BESSIE. — Tengo miedo, Morty...

MORTY. — Hay que ser práctico en la vida. ¿No se investigó ya el asunto? ¿No sabe todo el mundo que papá sufrió un accidente? Bueno: ¡ahora nos pagan el importe del seguro y asunto terminado!

MYRON. — Ralph no sabe que el abuelo dejó la póliza a su nombre.

MORTY. — Ésa no es cosa suya. Se lo diremos después.

BESSIE. — Es que en el estado ¡de ánimo que se encuentra ese muchacho, es capaz de armar un lío. Él cree que papá se tiró voluntariamente.

MORTY. — ¡Ralph va a firmar todo lo que yo le diga y basta!

BESSIE. — No, yo no puedo consentir eso. No puedo. (Mutis a la cocina.)

MORTY. — ¿Y ahora? Hablarás tú con el inspector de seguros.

MYRON. — ¿Yo? ¿Qué sé yo lo que hay que decirle! Es mejor que lo esperes tú mismo.

MORTY. — ¿Estás loco? ¿No sabes, acaso, que tengo una huelga en mi fábrica? Esos demonios volvieron a tirar bombas de mal

olor en el negocio. Yo te explicaré todo lo que dice la póliza y tú saldrás del paso. (Se dirige a la cocina seguido de MYRON que apaga la luz. RALPH entra con una carta y enciende el velador.)

MOE. — ¿Buenas noticias?

RALPH. — Blanca no quiere verme más. Resolvió marcharse. Me hablará por teléfono antes de irse.

MOE. — ¿No sabe nada de lo del viejo?

RALPH. — No me olvidará nunca, dice... Mira lo que me manda como recuerdo... ¡un medallón y una cadena! ¡Cuando me llame no estaré en casa!

MOE. — ¿Lo dices en serio?

RALPH (frente a la habitación de JACOBO). — Hace una semana que intento entrar en su pieza y no puedo. Él deseaba que yo la ocupara, pero no puedo.

MOE (se incorpora). — Ralph... Te están haciendo un trabajito sucio.

RALPH. — ¿Quiénes?

MOE. — Esa banda de comedores de sandwiches... Especialmente tu tío.

MORTY. — El viejo dejó un seguro para ti... 3.000 dólares.

RALPH. — ¿Para mí?

MOE. — Ahora tienes con qué volar... El viejo sabía que te iba a ser útil. Y por eso...

RALPH. — ¿Por eso qué?...

MOE. — Bueno, no sólo por ti lo hizo.

RALPH. — Piensas que...

(HENNIE entra.)

MOE. — Seguro. ¿Crees acaso que un vientito lo podía hacer volar a la calle?

RALPH. — No sé qué pensar.

MOE. — Dentro de un rato va a venir el inspector de seguros. Morty ya le dio una coimita.

RALPH. — ¿Entonces?

MOE. — No te preocupes. Yo no los dejaré estafarte. Anda. Acuéstate un rato. Ocupa tu nueva cama.

RALPH. — No puedo...

MOE. — Ven. No seas cobarde... (Mutis de RALPH a la habitación de JACOBO. HENNIE se sienta. SAM entra desde la cocina y enciende la luz.)

SAM. — Tío Morty quiere el diario.

HENNIE. — ¿Y qué?

SAM. — Estás sentada sobre él. (HENNIE le da el diario.) Ya podría-

mos ir a casa, Hennie. ¡Pobrecito!, el nene ha estado todo el día solo con la señora Strasberg.

HENNIE. — Anda tú, si quieres.

SAM. — ¿Por qué me tratas así?

HENNIE. — ¡No me toques!

SAM. — Hennie, ¿qué ocurre ahora?

MOE. — ¿Qué va a ocurrir? No te quiere... no te aguanta... Se ve tan lógico, como una nariz en una cara.

SAM. — ¿Por qué me habla usted en ese modo?

MOE. — ¡Apuesto veinticinco centavos a que no te impones, estúpido! (SAM lo mira un instante y hace mutis a la cocina.) ¡Dame un dólar, y lo transformaré en diez para ti!

HENNIE. — Nadie te pide favores. (Inicia el mutis.)

MOE. — Espera. No te escapes. Tengo algo que decirte. Me voy de aquí.

HENNIE. — ¿Te vas? (Toma asiento en el sillón.)

MOE. — Esta noche. Ya tengo todo empaquetado.

HENNIE. — ¿A dónde?
(Entran MORTY, BESSIE, MYRON y SAM.)

MORTY. — Mi auto no le tiene miedo a la nieve. Anda sobre ella, como un trineo.

BESSIE. — Ve a comer, Hennie. (Enciende la luz de la sala.)

MORTY. — ¿Dónde está Ralph?

MOE. — En su nueva habitación. (Va al comedor.)

BESSIE. — Aunque sea un bocado, Hennie. En todo el día no comiste nada. (Junto a la ventana.) Hace una semana que no para de llover.

MYRON. — Que llueva, que llueva, los pajaritos cantan, las nubes se levantan. (Cubre la espalda de BESSIE con una pañoleta negra.)

MORTY. — ¿Dónde están mis guantes?
(SAM va en busca de ellos a la cocina.)

BESSIE. — ¡Pobre papá!...

MORTY. — Lo que es verdad, es verdad. Papá era un buen hombre. Pero tenía unas ideas tan descabelladas...

MYRON. — Nunca supo lo que era un médico. (Entra RALPH.)

MORTY. — Tenía a su Carusso. ¿Qué más necesitaba?

BESSIE. — ¿Y qué más tuvo?

MYRON (sentado en el sofá). — Tenía a Carlos Marx, también.
(Regresa SAM con los guantes.)

MORTY. — ¡Carlos Marx! ¡Hay quienes dicen que Marx es hoy en día un nuevo dios! ¡Un dios, que protesta por todo. ¡Bah!, yo en cambio, me entretuve en contar mis diez millones, y descubrí

que en la cuenta faltaban justamente dieciséis centavos. ¿Y por eso voy a salir a la calle gritando que en el mundo no hay igualdad ni justicia? ¡La nueva generación!

RALPH. — ¿Y qué? ¿No te gusta?

MORTY. — ¡Hola! ¿Qué te pasa, Ralph? Te encuentro hoy más raro que nunca.

RALPH. — Oí decir que el abuelo dejó un seguro a mi nombre, y que el inspector vendrá esta noche.

MORTY. — El abuelo no te dejó ningún seguro.

RALPH. — ¡No es cierto!

MORTY. — Es decir, lo dejó a tu nombre. Pero no es para ti.

RALPH. — ¿Viene esta noche el inspector?

MORTY. — Y si viene, ¿qué hay?

RALPH. — A ti te lo pregunto, mamá. ¿Para qué viene?

BESSIE. — Yo no sé, Ralph. Yo no sé nada.

RALPH. — Pues no vendrá ni hoy ni nunca mientras yo esté acá.

MORTY. — ¿Eso lo dices tú?

RALPH. — No te hablo a ti, tío, Morty. A ti te hablo, mamá.

MORTY. — ¿Y así hablas a tu madre?

RALPH. — ¡Cómo tú le hablabas a tu padre! La tierra de su tumba, todavía no se asentó; su aliento no se apagó del todo en esta casa, y estamos tratando estas cosas!

MORTY. — ¡Basta, se acabó! Yo digo que el inspector vendrá esta noche. Sí. ¿Quién dice que no?

MOE (entra en la sala). — ¡Yo! (BESSIE se pone de pie.)

MORTY. — ¿Tú? Tú no te metas donde no te llaman.

MOE (muestra un papel). — Aquí tengo algo así como un documento... Lo encontré debajo de su almohada aquella noche... Un hombre que, accidentalmente patina en la azotea, no deja una cartita como ésta.

MORTY. — ¡Muéstrame ese papel!

BESSIE. — ¡Morty, no lo tomes!

MOE. — Aunque quisiera tomarlo, no se lo daría.

MORTY. — ¡Es una extorsión! Papá no hubiera...

MOE. — Ahora sí puede venir el inspector. Le mostraré este papelito. (Suena el timbre.) Se nombra al diablo y el diablo aparece... Abre la puerta y verás lo que ocurre.

BESSIE. — ¡Morty, no lo hagas!

MORTY. — No le hagas caso, Bessie. Pretende asustarnos.

MOE. — Si la compañía de seguros descubre que fue suicidio, tendrán un buen pito ustedes. (Nuevo toque de timbre.) ¿Y? ¿Qué hacen que no abren?

MORTY. — Dame ese papel.

MOE. — Sí, sí... en seguida.

MORTY. — Pero, Bessie, ¿vas a permitir ésto? (A RALPH.) Yo le daría una buena paliza. (Nuevo timbre.)

RALPH. — ¿Por qué no lo haces?

BESSIE. — ¡No seas tonto! Ralp, yo no tengo la culpa. Fue Morty quien hizo venir al inspector para arreglar las cosas de manera que...

MORTY. — ¿Yo? Yo no dije nada.

BESSIE. — ¿Y quién si no? Morty, no esperaba eso de ti. Eres un gran mentiroso.

MYRON (da un golpe en la mesita). — ¡Bessie dice la verdad! Fue Morty. Bessie no miente. (BESSIE se sienta en la silla de MOE.)

MORTY. — Es mejor no pelear. Después podríamos arrepentirnos. ¡Mis guantes! ¿Dónde están mis guantes? (SAM se los da.) ¿Se habrá ido el inspector? Ya no llama más. Te llevo en mi auto, Sam. ¿Vienes?

HENNIE (a SAM, que está frente a ella). — ¿Qué me miras? Vete, si quieres.

SAM. — Si vienes en seguida, te espero.

HENNIE. — Gracias por la atención. ¡Pero no haces más que estar pegado a mí!

SAM. — Está bien. Me voy. Al peor enemigo no le deseo una vida como la mía.

HENNIE. — ¿Te quieres callar?

SAM. — ¿Por qué? ¿Ya no hay libertad de palabra en América? ¡Qué desgracia! Nadie me quiere...

MYRON. — Yo te aprecio, Sam.

HENNIE. — Hazme el favor, Sam. Vete a casa. Yo dormiré aquí esta noche. Estoy cansada. Nerviosa. Mañana iré a casa. Te quiero, Sam. (Lo besa. Mutis de MOE.) Ve tranquilo. (Mutis.)

SAM. — Yo moriría por ti, Hennie. Yo... (Mutis.)

MORTY. — Un pájaro en la mano, vale más que cien volando. No te olvides de esto. ¡Buenas noches! (Mutis.)

MYRON. — Uno me quiso vender ayer un saxofón con las clavijas de nácar. ¡Lindo saxofón! ¡Buenas noches! (Mutis.)

BESSIE. — Ralph, pensándolo bien... no hagas tonterías con el dinero.

RALPH. — Es mejor que no hablemos de eso.

BESSIE. — Nos pertenece a todos. Podrías arreglarte la dentadura.

RALPH. — ¡Y comprarme un par de zapatos blanco y negro! (Se sienta junto a la mesita.)

BESSIE. — Hennie necesita un descanso. Tomarse unas vacaciones.

Irá dos semanas a las montañas. Yo, mientras tanto, cuidaré del nene.

RALPH. — Está bien, mamá.

BESSIE. — Ralph, he trabajado mucho en mi vida, para ser tratada ahora como basura. Después de todo, no hay ley que nos obligue a estar pegados unos a otros como hermanos siameses. Nunca te compré un par de zapatos de verano. ¡Tampoco te compré patines! ¿Pero yo me compré acaso, un vestido todas las semanas? ¿Mantuve un amante? ¿Jugué alguna vez a las cartas, como la señora Marcus? ¿Los hijos de Bessie Berger no fueron siempre los más limpios del barrio? No sólo no fui una madre para ustedes. También fui un padre. Cuando me casé, en los primeros años, trabajé en una fábrica de medias... Sí, sí, por seis dólares a la semana, para que Myron Berger pudiera estudiar... Si yo no me hubiese preocupado de ustedes, ¿quién lo hubiera hecho? En las novelas la vida parece muy diferente, pero aquí, en la realidad, es otra. Si no tienes un dólar no puedes mirar a nadie de frente. Ésa es la vida.

RALPH. — Si es así, no vale gran cosa. No tiene ningún sentido. Si ésa es la vida que tuviste que hacer, no puedo felicitarte.

BESSIE. — ¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Deshacer mi hogar? ¿Dejar que mi hijo se hiciera un vago?

RALPH. — No te hago cargos, mamá. Empiezo a ver la vida. Nadar... o ahogarse. Lo veo. Pero no puede ser así. No debe ser así.

BESSIE. — Qué hijo tonto. (Se acerca y lo palmea.)

RALPH (de pie). — Todos los hogares están envenenados por la mentira y el odio. Él lo decía siempre... Una parte de la ciudad odia a la otra... Se pelean como fieras. Pero la juventud no puede hacer eso.

BESSIE. — Anda, ámate. Cambia el mundo si no te gusta.

RALPH. — Y lo haré... ¿Por qué no? Tengo fuerzas, ¿oyes? (Vuelve a oírse el paso de un avión.) Es el avión correo de Boston que día y noche vuela el cielo con una misión que cumplir. Así debemos ser nosotros. Vivir con una misión que cumplir. Pero tú no comprendes.

BESSIE. — Es claro, qué sabe una madre... ¡Es antigua! Pero te voy a decir una cosa. Yo también soñé con irme lejos, muy lejos... Pero la mujer que tiene hijos, debe quedarse en casa... En mi pecho, también alguna vez... Pero ya es tarde... Buenas noche, hijo...

(Mutis de BESSIE. Suena el teléfono.)

MOE. — Es para mí. ¡Hola!... ¿Quién?... Un momento. (A

RALPH.) Tu muchacha.

RALPH. — No sé qué decirle.

MOE. — ¿Corto?

RALPH. (*se decide y atiende*). — ¿Blanca? Sí... No sé qué decirte... No encuentro palabras para... ¡Hola! ¡Hola! Cortó.

MOE. — ¿Te pesa?

RALPH. — No. Para mí ninguna muchacha representará nada, hasta que no pueda darle lo indispensable para vivir. Hasta que no podamos tomar el mundo en nuestras manos y limpiarlo de tantas porquerías...

MOE. — Un trabajito bastante grande, sí.

RALPH. — Siempre me pareció que terminaría ahogándome entre las sedas y terciopelos del negocio. Pero nací de nuevo en esta última semana. El abuelo dijo mucho...

MOE. — ¿Lo recuerdas?

RALPH. — Espera. (*Va a la habitación de JACOBO. Regresa con unos libros.*) Sus libros. Ahora son míos. Las páginas de algunos de ellos, aún no han sido abiertas.

MOE. — Es cierto.

RALPH. — ¿Significa algo? Nada. Con un cortapapeles de cinco centavos los abres. Los leeré, yendo y viniendo del trabajo. Pondré sobre mi cama una lámpara grande. Y mira, en el negocio mañana es día de balance. Fíjate cómo trabajaremos: Coletti a Driscoll, Driscoll a mí. Los tres formaremos un grupo en el depósito. Los tres, esperamos una oportunidad en la vida. Pero ellos no saben qué oportunidad. Yo se los diré. Nos uniremos y formaremos grupos en todas partes. Nos pondremos a trabajar. Y cuantos más seamos, más posibilidades tendremos.

MOE. — ¡Te graduaste!

RALPH. — Moe... ¿quieres darme el papel que dejó el abuelo?

MOE. — ¿Lo quieres de veras?

RALPH. — Sí. (*MOE se lo entrega*). — ¡Está en blanco!

MOE. — ¡Claro que está en blanco!

RALPH. — Gracias. (*Mutis a la pieza de JACOBO. Regresa HENNIE.*)

MOE. — ¡Luchador, el muchacho!... ¿Por qué lloras?

HENNIE. — Jamás en la vida lloré.

MOE. — Le dijiste a Sam que lo querías.

HENNIE. — Si estoy amargada, para qué desquitarme con él.

MOE. — ¿Sabes qué te pasa? No me podrás olvidar nunca. Fui el primero. Y no lo podrás olvidar. Escribí mi nombre en ti con letra imborrable, ¿eh?

HENNIE. — Una cosa no podré olvidar. Cuando aquella noche me dejaste como si fuera una de dos por cinco...

MOE. — Hennie, aun piensas que...

HENNIE. — Sí. Esperaste que mi familia se fuese al cine. Me trajiste un frasco de perfume. Me tomaste de los brazos... y después te fuiste en seguida. Me dejaste como si fuera...

MOE. — Me equivoqué, sí. ¡Pero por el amor de Dios!...

HENNIE. — ¿Por el amor de Dios?... ¡No me hagas reír!

MOE. — ¿Qué es lo que quieres? ¿Mi cabeza en una bandeja? ¿Acaso mi vida es más feliz que la tuya? ¡Cristo!... ¡Mi padre, un borracho! ¡Y yo manteniendo a toda la maldita familia! Mi madre y cinco hermanos. Cuando crecieron, cada cual agarró para su lado. Mi madre murió, y yo fui a la guerra. ¡Y ahí me aplastaron como a una chinche! ¿Crees que la vida me trató tan bien? Nunca conocí un hogar ni un apoyo.

HENNIE. — ¿Y qué?

MOE. — Tú eres mi único apoyo y hogar, Paradiso. ¡Arriésgate! ¿Qué puedes perder?

HENNIE. — Mi orgullo.

MOE. — ¿Qué es lo que quieres? Dime que sí, y soy capaz de dar una voltereta sobre una moneda de diez centavos. Hennie, tu corazón arde, y tratas de parecer de hielo.

HENNIE. — Déjame ir.

MOE. — ¿A dónde? (*La toma de un brazo.*)

HENNIE. — ¿Qué quieres?

MOE. — A ti, Hennie.

HENNIE. — Lo sentirás toda la vida.

MOE. — Te quiero a ti.

HENNIE. — Déjame ir... déjame...

MOE. — ¿Quieres volver con él?

HENNIE. — No sé qué decirte, Moe...

MOE. — Escúchame. Nos iremos lejos. Donde la luna brilla y las rosas florecen. Nos acostaremos de cara al cielo. Contaremos las estrellas. Te acostarás bajo los árboles y verás madurar los naranjos... (*Teléfono. Atiende.*) Hola. Un momento,

HENNIE. — ¿Quién es?

MOE. — Sam.

HENNIE. — Estoy durmiendo.

MOE. — Duerme. (*Corta.*) Quería decirte que llegó sano y salvo a casa. ¿En qué piensas?

HENNIE. — En nada.

MOE. — ¿Sam?

HENNIE. — Dicen que son verdaderos palacios, los barcos que van a La Habana...

MOE. — Entonces... piensas...

HENNIE. — No quiero a Sam... Nunca lo quise...

MOE. — ¿Y a tu hijo?

HENNIE. — Toda la vida esperé este momento.

MOE. — ¡Yo también! Fingí indiferencia. Pero lo que más necesitaba era estar junto a ti. ¡Cristo!... ¡si no hay más que un pedazo de vida útil, hay que vivirla!

HENNIE. — ¿Abandonando mi hijo?

MOE. — Sí.

HENNIE. — No puedo.

MOE. — Sí que puedes.

HENNIE. — No.

MOE. — ¿Estás segura?

HENNIE. — No sé...

MOE. — Arriégate, o pasarás el resto de tu vida en una tumba.

HENNIE. — No sé, Moe...

MOE. — ¿Sabes lo que dijo el médico cuando me hirieron? "Déjate cortar la pierna y vivirás". Y cortaron. Es necesario perder siempre algo, para salvar el resto. Tu madre cuidará de la criatura. Ella será siempre una madre. Le mandaremos dinero. Anda... ponte el tapado.

HENNIE. — ¡Moe!... *(Lo abraza. Aparece RALPH.)*

MOE. — Ve pronto a buscar tu tapado y despídete de esta madri-guera

(Entra MYRON en camión.)

MYRON. — No puedo dormir... ¡Qué noche más larga!... Algo anda mal en mí... *(Enciende la luz del comedor y mira su lengua en el espejo.)* Últimamente no hay fruta en casa. ¡Oh! aquí hay una manzana. Digo que no comeré, y sin embargo como... *(Apaga la luz y va a la sala.)* ¿Dónde va mi pequeña Caperucita Roja?

HENNIE. — Nadie lo sabe, señor Lobo.

MYRON. — Estás linda esta noche. Linda como cuando eras una muchachita. Naciste en 1910. El mismo día en que Teddy Roosevelt volvía del África.

HENNIE. — ¡Papá, qué cómico estás!

MYRON. — ¡Gran hombre Teddy Roosevelt! *(Mutis.)*

RALPH. — Cuando lo veo se me hiela la sangre. Prefiero morir como un perro, si no consigo de la vida más que él...

MOE. — ¿Qué piensas hacer?

RALPH. — Quedarme aquí. Pero mis días ya no serán tristes. Que mi madre se quede con la plata. Tengo 22 años y me arreglaré solo. ¿Perdió su vida el abuelo para que nosotros peleáramos por unos cobres? ¡No! "¡Despierta y canta!", decía. Estaba

parado aquí cuando lo dijo por última vez. Aquí. Lo vi como si él mismo hubiera sido un relámpago. Y sentí que él moría y yo nacía. Y ahora comprendo cuál es mi destino. Quiero que lo oiga todo el mundo. Somos jóvenes, tenemos sangre, brazos, fuerzas y alegría de vivir.

MOE. — Ahora no te cambiaría por todo el oro del mundo. ¡Defiende la fortaleza, Ralph!

RALPH. — ¡Adiós!...

MOE. — ¡Adiós!... *(Mutis con HENNIE.)*

RALPH. — ¡Adiós!...

TELÓN